

Octubre 2007 9

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIASTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- El Rosario. Una oración actual para España 000
- La Hispanidad y la vocación misionera en España 000
- Jornada del DOMUND 2007 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Sagradas Órdenes 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Octubre 2007 000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Misa en Sufragio del Rvdo. D. Arturo Ruiz Gallo 000
- Vigilia de Oración de Jóvenes 000
- Fiesta de Nuestra Señora del Rosario 000
- Dedicación del nuevo templo parroquial de San Sebastián Mártir 000
- Décimo aniversario del Seminario Diocesano 000
- Visita Pastoral a la Parroquia de San Marcos 000
- Celebración del XXV aniversario de la Parroquia de San José Obrero 000
- Otros actos 000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 000
- Ceses 000
- Defunciones 000
- Crónica de la jornada sacerdotal 000
- Actividades del Sr. Obispo. Octubre 2007 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Ceremonia de Ordenación de Presbíteros 000
- Día del Domund 000

SR. OBISPO AUXILIAR

- Ordenación de diáconos 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Sagradas órdenes 000

Conferencia Episcopal Española

- Saludo a los peregrinos en la Basílica de San Pablo. Monseñor Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao y Presidente de la Conferencia Episcopal Española 000
- Palabras del Cardenal Arzobispo de Toledo, Antonio Cañizares Llovera. Al comienzo de la Santa Misa de Acción de Gracias por la beatificación de 498 mártires 000

Iglesia Universal

- Homilía Ceremonia de Beatificación de 498 mártires del siglo XX en España. Cardenal José Saraiva Martins 000
- Homilía eucaristía Acción de Gracias. Cardenal Tarcisio Bertone, secretario del Estado Vaticano 000
- Mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de las Misiones 2007. Todas las Iglesias para todo el mundo 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teletel.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXV - Núm. 2793 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

EL ROSARIO

Una oración actual para España

Madrid, 05 de octubre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Hoy coincide con la celebración del Domingo la Fiesta de la Virgen del Rosario. Si hay una oración que en la Iglesia y en la piedad milenaria de sus fieles pueda considerarse como la oración mariana por excelencia esa es el Rosario. Va tan estrechamente unida a la veneración filial que la Iglesia ha profesado a María, especialmente en el segundo Milenio de su historia, que no ha dudado en invocarla incluso litúrgicamente como la Virgen del Rosario. Más aún en el desgranarse histórico de las formas de devoción mariana, que los hijos de la Iglesia fueron haciendo suyas a lo largo de los siglos, destaca el recurso al rezo del Santo Rosario para la súplica confiada a la Madre en las más diversas ocasiones de la vida personal y familiar, de los más dramáticos avatares de la historia de la humanidad y, no en último lugar, en los tiempos duros y difíciles de la persecución de los cristianos. En la historia eclesial del Rosario destacan dos hitos señeros, estrechamente vinculados al itinerario espiritual de la Iglesia en España y de la misma España: el Santo, que con la Orden por él fundada le da su impronta eclesial y lo difunde incansablemente por toda la geografía de la Europa de la Cristiandad medieval, Santo Domingo de Guzmán, es español y el acontecimiento en el que se pone a salvo para mucho

tiempo la libertad de la Europa cristiana, que se encaminaba a la Modernidad, la batalla naval de Lepanto contra los turcos el 7 de octubre del año 1571, es una victoria de España, atribuida a la intercesión de la Virgen invocada por la oración del Rosario.

El Papa Juan Pablo II recomendaba con una belleza teológica y una insistencia pastoral inusitadas la recuperación eclesial, viva y generalizada, del rezo del Santo Rosario para lograr apostólicamente ese nuevo “remar mar adentro” en el anuncio y proclamación de Cristo como el Señor y Salvador, “el Camino, la Verdad y la Vida”, al mundo que comenzaba a pisar vacilante el umbral del Tercer Milenio. En su Carta Apostólica de 16 de octubre del año 2002 “Rosarium Mariae Virginis” nos presentaba el Rosario como la forma de oración espiritualmente más apropiada –después de la oración litúrgica– para que la Iglesia del siglo XXI transitase sin obstáculos por la vía de la contemplación del Rostro del Señor a través de la meditación de los Misterios de su Nacimiento, Vida, Muerte y Resurrección, guiada por su Madre Santísima, avanzando así firmemente en el camino de la nueva evangelización; pero, además, como la oración de súplica por la familia y por la paz, la más fecunda y más urgente para el bien de la comunidad internacional. ¿No tendríamos que aplicar hoy con la misma urgencia la oración del Rosario a pedir por España? ¿por su presente y su futuro en fraterna concordia y en unidad solidaria?

Los Obispos españoles enseñábamos en noviembre de ese mismo año, 2002, en la Instrucción Pastoral de la CEE “Valoración moral del Terrorismo en España, de sus causas y de sus consecuencias” que “la configuración propia de cada Estado es normalmente fruto de largos y complejos procesos históricos”, “que estos procesos no pueden ser ignorados ni, menos aún, distorsionados o falsificados al servicio de intereses particulares” y que “España es fruto de uno de estos complejos procesos históricos. Poner en peligro la convivencia de los españoles, negando unilateralmente la soberanía de España, sin valorar las graves consecuencias que esta negación podría acarrear, no sería prudente ni moralmente aceptable” (N^{os} 34-35). Y, cuatro años más tarde, en la Instrucción Pastoral de 23 de noviembre del 2006, titulada “Orientaciones Morales ante la situación actual de España”, al tratar el problema de su unidad y del reconocimiento de los derechos de sus pueblos y comunidades, afirmábamos que “nos sirven de ayuda las palabras del Papa Juan Pablo II a los Obispos italianos: ‘Es preciso superar decididamente las tendencias corporativas y los peligros de separatismo con una actitud honrada de

amor al bien de la propia nación y con comportamientos de solidaridad renovada” (nº 74).

De la historia de la unidad espiritual, cultural, jurídica y política de España es inseparable la Monarquía. Los Reyes de España han constituido un factor esencial de ese proceso histórico. También hoy nuestros Reyes ejercen ese delicado y sacrificado oficio de servicio a la unidad plena y solidaria de todos los españoles. En su inolvidable visita a la sede de la Conferencia Episcopal Española de 20 de noviembre del año 2001 con motivo del XXV Aniversario de la firma del Primer Acuerdo entre la Santa Sede y el Estado Español de 28 de agosto de 1976, por el cual el Rey renunciaba al privilegio de la presentación de Obispos y la Iglesia al privilegio del fuero, tuvimos la gratísima oportunidad de dirigirnos a sus Majestades, como Presidente de la CEE, con las siguientes palabras: “Os queremos tributar aquí el honor que, en cuanto ciudadanos, os debemos como Titulares de la Corona en la que se condensa y refleja una historia, más que milenaria, de servicio a España. El Rey es el Jefe de Estado, símbolo de su unidad y permanencia”. Los sentimientos de respetuoso afecto y de sincera gratitud que les expresábamos entonces a los Reyes de España por su excepcional contribución a la edificación y consolidación de una España que quería vivir reconciliada y en paz y que se organizaba libre y democráticamente como un Estado de derecho, los hemos renovado reiteradamente los Obispos españoles en las más variadas circunstancias de la vida social y religiosa de nuestra patria hasta hoy mismo. ¡Siguen vivos e inalterables! La prez litúrgica por España que en Madrid hemos formulado y recitado como sigue: “Oremos por España, para que las instituciones democráticas y todo el pueblo fomenten en España la verdad y la libertad, la justicia y la paz, la unidad y la concordia y el pleno reconocimiento de los derechos fundamentales de todos”, ha de ser ampliada y recogida como una intención urgente en el rezo diario del Santo Rosario uniéndole la oración por los Reyes de España.

El próximo viernes celebraremos bajo el patrocinio de la Virgen del Pilar la Fiesta Nacional. Sería hermoso que desde la cercanía de “La Almudena” y de todas las veneradas y amadas Advocaciones marianas de España ¡“Tierra de María”! —como acostumbraba a llamarla Juan Pablo II—, rezásemos todos a la Virgen María:

“Tú, la alegría y el honor del pueblo,
eres dulzura y alabanza nuestra:

desde tu trono, miras, guardas, velas
Madre de España”

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LA HISPANIDAD Y LA VOCACION MISIONERA EN ESPAÑA

Madrid, 13 de octubre de 2007

Mis queridos hermanos y amigos:

Ha sido un gran acierto que la España, nacida de la transición política y construida jurídica y constitucionalmente sobre la sólida base de la Constitución del año 1978, hubiese elegido como el día de su Fiesta Nacional el 12 de octubre, fecha del descubrimiento de América por los españoles y Solemnidad de la Virgen del Pilar, a la que los textos de su oficio litúrgico aluden y proclaman como Madre de España. Se evocan en este día dos de los rasgos más fecundos y más gloriosos que caracterizan lo mejor de la historia interior y exterior de España: su alma misionera, templada en la experiencia de la fe cristiana alimentada por la palabra apostólica de Santiago; y el estilo universal de su cultura humanista, vivificada por la savia del amor cristiano, atenta siempre al reconocimiento indiscutible de la dignidad inviolable de todo ser humano y motivada constantemente por una preferencia inequívoca por los más débiles y necesitados en el alma y en el cuerpo.

El 12 de octubre de 1492 marcaba el momento inicial de lo que podría ser considerado con toda la objetividad de la ciencia histórica el tiempo típicamente hispánico de la acción misionera de la Iglesia en el período más vasto y universal del ejercicio de su misión evangelizadora, el de la edad moderna y contemporánea. Los

hijos e hijas de la Iglesia en España se vuelcan en la misión de América y de Asia desde los primeros momentos del descubrimiento del Nuevo Mundo. Sorprende la presteza con la que prende en el corazón de aquellos pueblos la siembra del Evangelio y cómo arraigan en ellos en pocas décadas la palabra, los sacramentos, la piedad y la vida de la Iglesia. Nace y se desarrolla desde “el humus” de las mejores tradiciones indígenas una cultura y una humanidad profundamente renovadas, en la que se enseña y se trata de vivir el valor personal, inconmensurable, de todo ser humano como digno de ser respetado y amado por sí mismo, tal como Dios le ha amado y ama infinitamente en Jesucristo y por Jesucristo.

San Francisco Javier es la figura señera que acompaña desde sus comienzos en el siglo XVI, el siglo más universal de la historia de España, ese capítulo nuevo –el hispánico– de la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo. Y la devoción tierna a María, la Madre del Señor y Madre de la Iglesia, vendrá a ser su señal más emotiva. La Virgen es la estrella del camino espiritual de aquella pléyade espléndida de misioneros heroicos del Evangelio de Jesucristo, recorrido en y junto con toda la comunidad eclesial de España comprometida como nunca en una auténtica renovación católica de toda la Iglesia. Nos conmueve –quizá en el hoy de España más que en épocas pasadas– leer en “el Libro de la Vida” de Santa Teresa de Jesús, el alma femenina más universal de la espiritualidad y de la cultura hispánicas de todos los tiempos, como su madre y ella eran muy devotas del Rosario. Cuenta la Santa cómo a los doce años de edad pierde a la madre y acude afligida a la Virgen para suplicarla “fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me ha encomendado a ella; y, en fin, me ha tornado a sí” (V.1,7).

En el contexto existencial de ese período histórico, el de mayor proyección universal de la Iglesia en España, con cuya vocación católica se identifican intensa e incondicionalmente su pueblo y sus instituciones más importantes, especialmente sus Reyes, no podría extrañar que surgiesen a la vez, intelectual, cultural y políticamente, una opción predominante por una concepción universal de lo humano y una consecuente formulación teórica –con su correspondiente versión práctica– de la definición del hombre –de todo ser humano– de una clarividente nitidez: el hombre es persona, dotada de dignidad y de derechos inviolables, anteriores al Estado y a su ordenamiento jurídico, llamado a concebir y a organizar la convivencia, las estructuras sociales y el servicio al hombre, a la luz y en el respeto incuestionable del principio y mandato de la fraternidad. Se trataba de sentar las bases para los tiem-

pos modernos de una fundamentación ética no cuestionable del orden político y del derecho ;de valor universal! La actualidad de este precioso legado ético y jurídico de la Hispanidad se pone de manifiesto una vez más en el discurso del Papa Benedicto XVI a los miembros de la Comisión Teológica Internacional del pasado 5 de octubre, refiriéndose al tema de la ley natural como el instrumento intelectual imprescindible para llegar a justificar e ilustrar los fundamentos de una ética universal, parte del gran patrimonio de la sabiduría humana. El Santo Padre no duda en afirmar que “partiendo de la ley natural, que puede ser comprendida por toda criatura racional, se ponen los fundamentos para entablar el diálogo con todos los hombres de buena voluntad y, más en general, con la sociedad civil y secular”.

Acabamos de celebrar la Fiesta Nacional de este año 2007, Fiesta de la Hispanidad, Fiesta de la Virgen del Pilar. El próximo domingo celebraremos “el Domund”, el domingo mundial de las Misiones. ¡Qué provechoso resultaría para toda la Iglesia en España revivir la vocación misionera de sus mayores con la frescura inicial del Evangelio de Jesucristo, predicado por Santiago, la única vía de la salvación integral del hombre, la vía de la santidad que madura en el Amor sin límites, buscando como ellos apasionadamente el bien de las almas, el bien pleno de la persona humana, donde quiera que se encuentre! ¡Y cómo urge despertar en la conciencia colectiva de la sociedad española de esta hora los sentimientos de apertura generosa al otro, a los valores de la universalidad, de la comunicación confiada, libre y respetuosa entre todos los ciudadanos y comunidades de España, afrontando unidos en la concordia nacional cimentada en el orden constitucional democrático de la Monarquía Parlamentaria, libre, solidaria y pacíficamente, nuestro futuro común! Por supuesto contribuyendo activa y creadoramente a la integración de la Unión Europea y a la formación de una comunidad internacional más justa y más eficaz en la lucha contra el hambre y la pobreza.

La oración del Rosario a María, la Virgen de Fátima, a la que invocamos en Madrid como la de “La Almudena”, nos auxiliará eficazmente en esta senda de la conversión y de la renovación espiritual y social de nuestra Patria.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

Carta del Sr. Cardenal-Arzobispo de Madrid para la Jornada del DOMUND 2007

«Dichosos los que creen»

Domingo 21 de octubre

Mis queridos diocesanos:

El lema escogido para la celebración del DOMUND de este año 2007 en España es, sin duda, un hermoso canto al gozo incomparable de la fe, que impulsa con ardor incontenible a comunicarla a los demás, a cuantos, cercanos y lejanos, carecen aún de ella, hasta los confines de la tierra, de modo que la misión no es una carga pesada que cumplir, sino una necesidad del corazón del creyente en Jesucristo, que halla su mayor gozo, precisamente, en esa donación de sí mismo que constituye el centro de la acción misionera. En efecto, son de veras «dichosos los que creen», es decir, los que han encontrado la alegría infinita de la salvación que es la Persona de Cristo, y por eso no pueden por menos que, transformados por Él y en Él, llevarlo a todos para que hallen esa misma dicha de Su salvación. El Papa Benedicto XVI nos lo ha recordado con vigor al recibir en Castelgandolfo, el día 9 de agosto pasado, a los miles de jóvenes madrileños peregrinos a la Ciudad Eterna como punto culminante de la «Misión Joven» que estamos llevando a cabo en toda la Provincia Eclesiástica de Madrid:

«Visitando los lugares donde Pedro y Pablo anunciaron el Evangelio, donde dieron su vida por el Señor y donde muchos otros fueron también perseguidos y martirizados en los albores de la Iglesia -nos dijo el Papa-, habéis podido entender mejor por qué la fe en Jesucristo, al abrir horizontes de una vida nueva, de auténtica libertad y de una esperanza sin límites, necesita la misión, el empuje que nace de un corazón entregado generosamente a Dios y del testimonio valiente de Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida».

Este empuje valiente, distintivo del cristiano, que ha entendido y ha experimentado con gozo esa radical dimensión misionera de la fe en Jesucristo, es el que manifiesta Isabel, madre dichosa del Precursor, al recibir la visita de la madre del Salvador y madre de la Iglesia, cuando prorrumpe en alabanzas a María, precursoras de su «Magnificat»-. «¡Dichosa la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!» (Lc 1, 45). Es la dicha inmensa de la fe, que se prolongará en sus hijos a lo largo de la historia de la Iglesia. Así lo anunció el mismo Jesús, después de su resurrección, al mostrarse al Apóstol Santo Tomás: «¡Dichosos los que crean sin haber visto!» (Jn 20, 29). Y muy especialmente es la dicha de los mártires, entre los que se cuentan tantos misioneros, que al precio de su sangre, a imitación de Cristo mismo, iban a alcanzar la corona de la Gloria, como tan bellamente lo expresó san Ignacio de Antioquía, que ardía en deseos de «ser destrozado por los dientes de las fieras», para llegar a ser así «trigo de Cristo».

Si la misión en la Iglesia no es una carga, sino un gozo grande, quienes la viven en primera línea, los misioneros y misioneras enviados hasta los confines de la tierra, no pueden dejar de sentirse doblemente afortunados. Al lado de nombres insignes -Comboni, Conforti, Lavigerie, Massaia, Mazza..., en el continente africano; Junípero Serra, Toribio de Mogrovejo, Vasco de Quiroga..., en el contexto iberoamericano, en los tiempos inmediatos a la evangelización-, hemos de colocar los de todos los integrantes de congregaciones e institutos misioneros masculinos y femeninos, así como los de sacerdotes y seglares surgidos en los últimos siglos, que sería imposible recopilar en este mundo, pero que están escritos, sin duda, en el «Libro de la Vida» (cf. Fip 4, 3; Ap 3, 5: 7, 14), en el reino de los cielos (cf. Lc 10, 20), en el corazón del Padre.

Este año se cumple el 50 aniversario de la encíclica «Fidei donum», de Pío XII, que significó un gran impulso de la acción misionera, al promover la cooperación entre las Iglesias para la misión «ad gentes». Con la indicación de «Todas las Iglesias para todo el mundo», en su Mensaje para este DOMUND 2007, Benedicto

XVI lo evoca, afirmando «la urgente necesidad de impulsar nuevamente la acción misionera ante los múltiples y graves desafíos de nuestro tiempo», y dejando muy claro que «el compromiso misionero sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe prestar a la Humanidad de hoy», servicio cuya esencia consiste en «ofrecerla salvación de Cristo», que llega hasta el fondo del corazón del hombre y afecta a todos los ámbitos de la vida, «para orientar y evangelizar los cambios culturales, sociales y éticos». Lo necesita el mundo, sin duda, -¿no lo estamos viendo cada día con mayor claridad?-, y más aún si cabe lo necesita la propia Iglesia, cuya razón de ser no es otra que abrazar con el amor salvador de Cristo a todos los hombres. No tengamos miedo, ¡todo lo contrario!, a llevar a todas partes, aquí en Madrid y en España, y a través de nuestros misioneros y misioneras hasta en los países más lejanos, la Luz y la Vida verdaderas, que es la Persona misma de Jesucristo. No hay mayor necesidad que ésta en la tierra, ciertamente, ni mayor dicha que la plena fidelidad en responder a ella, pues sólo desde Cristo se hacen nuevas todas las cosas (cf. Ap 21, 5).

María-Madre, desde su catedral y advocación de la Almudena, a todos nos bendice haciendo que resuenen en nuestra alma las palabras del saludo de Isabel cuando fue a visitarla: «¡Dichosos los que creen!» A Ella, invocada en nuestro Madrid como Santa María la Real de la Almudena, a su intercesión maternal, encomiendo los frutos de este DOMUND 2007.

Con mi bendición más cordial para todos,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzbispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA

Subdelegado diocesano de Catequesis: D. Gregorio Avi3n Mart3n (17-10-2007).

**Secretario General de la Delegaci3n diocesana de Apostolado Sec-
glar:** D. Rafael Serrano Castro (renovaci3n) (17-10-2007).

Adjunto a la Secretar3a del Moderador de Curia: D. Jos3 M^a Gonz3lez
Pardo (2-10-2007).

Administrador Parroquial de Santa Mar3a del Pozo y Santa Marta:
D. C3sar Montero Uri3n (2-10-2007).

VICARIO PARROQUIAL

De San Lesm3s de Alcobendas: D. Luis Alberto Arbulu Arbulu.

De Nuestra Se1ora de las Rosas: D. Alfredo Delgado G3mez
(17-10-2007).

De Nuestra Se1ora de Altagracia: P. Segundo Pe1a Izquierdo, C.M.
(17-10-2007).

De San Josemar3a Escriv3 de Balaguer: D. Raimundo Romero Ferrer
(23-10-2007).

De Santa Mar3a del Parque: D. Horacioi Edgardo Jim3nez (23-10-2007).

Vicario Episcopal de la Vicar3a IV: Ilmo. Sr. D. Gil Gonz3lez Hern3n
(9-10-2007).

ARCIPRESTE

De Nuestra Señora la Antigua (Vicálvaro): D. Jesús Copa Mota (9-10-2007).

De Villaverde Bajo- San Cristóbal: D. Pedro Manuel Arcas Valero (17-10-2007).

PÁRROCO

De Beata Teresa de Calcuta: D. Bernabé Sanz Grande (10-7-2007).

De Santa María del Silencio (Sordomudos): D. Samuel Urbina Ruiz (9-10-2007).

De San Martín de Porres: D. Jorge Pablo Langley Flores (17-10-2007).

De Nuestra Señora de Altagracia: P. Eladio Gómez Marrio, C.M. (17-10-2007).

De San Josemaría Escrivá de Balaguer: D. Juan Enrique Mirabell Guerin (23-10-2007).

PÁRROCO 'IN SOLIDUM'

De Pedrezuela, Venturada, Cabanillas de la Sierra y Redueña: P. Heliodoro Machado Santos, C.S.Sp. (17-10-2007).

ADSCRITOS

De Nuestra Señora del Sagrario: D. Frank Rafael Gómez Ramírez (9-10-2007).

De Santa Luisa de Marillac y Exequias: D. Juan José Ruiz Arrascue (9-10-2007).

De San Alfonso María de Liborio: D. Rubén Darío Reale (9-10-2007).

De La Epifanía del Señor: P. Luis Pérez Hernández, S.X. (17-10-2007).

De Nuestra Señora de Covadonga: D. Ángel Carlos Arturo Ruiz Alvarado (17-10-2007).

De San Pío X: P. Angelino Tchivandja, C.S.Sp. (17-10-2007).

P. Clemente Nwafor Uchendo, C.S.Sp (17-10-2007).

A la Parroquia Ascensión del Señor: D. Daniel Gomes Nunda (23-10-2007).

A la Parroquia Asunción de Nuestra Señora de Valdemorillo: D. Gustavo Méndez Paredes (23-10-2007).

CAPELLANES

De la Facultad de Pedagogía de la Complutense: D. David Torrijos Castrillejo (2-10-2007).

Del Hospital Clínico: Pabellón 8: D. Jesús Álvarez, O.A.R. (2-10-2007).

De las Hermanas de la Compañía de la Cruz: D. Ruperto Ávila Rocha. Operario del Reino de Cristo (2-10-2007).

De la Complutense: D. Ignacio Carbajosa Pérez (9-10-2007).

D. Francisco Javier Ardila Carvajal (9-10-2007).

De las Misioneras de Jesús María y José: D. Kiryan Echekwu (9-10-2007).

De la Universidad Juan Carlos I: D. Juan Carlos Guirao Gomáriz (17-10-2007).

De Eurorresidencias El Viso: D. Ángel López Ortega (17-10-2007).

Coordinador de Pastoral de la Infancia y la Juventud de la Vicaría II: D. José María Oviedo Valencia (9-10-2007).

OTROS OFICIOS

Secretario de la Vicaría III: D. José Manuel Lanas Coto (17-10-2007).

Coordinador de Misiones de la Vicaría VIII-Noroeste: P. Ángel Gutiérrez Anaya, I.M.C.

Hna. Hortensia García Alonso, Misioneras Lauritas (17-10-2007).

DIÁCONO PERMANENTE

De San Miguel Arcángel, de Las Rozas: D. Jesús Lorenzo Herráiz Martínez (17-10-2007).

DEFUNCIONES

El día 12 de octubre de 2007 falleció en Serradilla del Arroyo (Salamanca), a los 86 años de edad, DOÑA HORTENSIA HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, madre del sacerdote, diocesano de Madrid, D. Claudio García Hernández, párroco de la Parroquia ‘Visitación de Nuestra Señora’ de Madrid.

El día 22 de octubre de 2007 falleció DOÑA M^a ÁNGELES NIÑO DEL PORTILLO, hermana del sacerdote diocesano de Madrid, D. Luis Fernando Niño del Portillo, párroco de la Parroquia de Santísima Trinidad, de Madrid.

El día 28 de octubre de 2007, falleció el Rvdo. Sr. D. FELIPE HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en San Lorenzo de El Escorial, el 21-7-1924 y fue ordenado en Madrid, el 2-4-1949. Fue ecónomo de Alalpardo y encargado de Valdeomos del 4-4-1949 a 12-7-1952. Ecónomo y arcipreste de Montejo de la Sierra y encargado de Horcajuelo del 13-7-1952 a junio de 1955, ecónomo de Pinto de junio 1955 a 21-7-1957. Párroco de Pinto del 21-7-1957 a 23-9-1966, ecónomo de Nuestra Señora de las Victorias del 23-9-1966 a 9-11-1985, arcipreste de Nuestra Señora de las Victorias del 1-2-1971 a 1982, capellán de las Hermanas de la Caridad de San Vicente, párroco de San José del 9-11-1985 a 28-9-2004, arcipreste de Santa Bárbara del 15-9-1989 a 21-3-1994. Estaba jubilado.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ORDENES

El día 21 de octubre de 2007, en la Parroquia Basílica Hispanoamericana de Nuestra Señora de la Merced, de Madrid, el Excmo. Y Rvdmo. Sr D. Don Braulio Sáez García, O.C.D., Obispo Auxiliar de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió el Sagrado Orden del DIACONADO a FRAY XOAN PEDRO BARREIRA GÓMEZ, religiosos profeso de la Orden de la Merced.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. OCTUBRE 2007

Día 1: Apertura de curso de la Facultad de Teología 'San Dámaso'.

Día 2: Consejo Episcopal

Misa en el centenario del Colegio de Nuestra Señora del Pilar.

Día 3: Apertura de curso en la Universidad de Comillas.

Día 4: Granada. Misa en La Cartuja. Conferencia de apertura de curso de los centros afiliados a la Facultad de Teología 'San Dámaso'.

Día 5: Misa en la parroquia de la Virgen del Mar con motivo de la fiesta de Santa Faustina Kovalska.

Día 6: 12,00 horas, Envío de Catequistas en la Catedral de la Almudena.

Día 7: Misa en la parroquia de Santa Bárbara en su 250 aniversario.

Bendición e inauguración de la parroquia de la Santísima Trinidad en Collado Villalba.

Día 8: reunión con profesores universitarios

Día 9: Consejo Episcopal.

Día 10: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría III

Día 11: Comité Ejecutivo CEE.

Visita al Seminario Redemptoris Mater

Día 12: Misa/confirmaciones en la parroquia de San Ricardo

Misa con los Padres Orionistas en el Santuario de la Milagrosa.

Día 13: Misa de inauguración de las obras de la parroquia de Nuestra Señora de las Fuentes.

Día 14: Misa y bendición de una imagen en la parroquia de San Juan de Ribera

Día 15: Acto académico en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’ con Jaime Mayor Oreja

Día 16: Misa con las educadoras internacionales de Cerro del Coto

Día 17: Consejo Episcopal

Misa en la Catedral con motivo de las beatificaciones de mártires

Día 18: Presentación del libro del P. Navarrete en la Facultad de Teología ‘San Dámaso’, titulado “Derecho matrimonial canónico”.

Día 19: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría II.

Día 20: Consejo de Pastoral.

Final del Centenario del Seminario Diocesano.

Día 21: Misa en la parroquia de San Gabriel Arcángel.

Día 22: Clausura de la Visita pastoral a la Vicaría V, en San León Magno.

Día 23: Consejo Episcopal.

Apertura de la visita pastoral a la Vicaría VI.

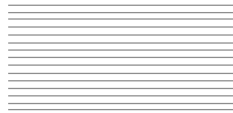
Día 24: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría V^a.

Día 25: Permanente del Consejo Presbiteral

Días 26, 27, 28 y 29: Beatificaciones de mártires en Roma.

Día 30: Consejo Episcopal.

Día 31: Encuentro con sacerdotes de la Vicaría VI^a.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

**MISA EN SUFRAGIO DEL RVDO.
D. ARTURO RUÍZ GALLO
Parroquia de la Natividad de Nuestra Señora**

(Mejorada del Campo, 28 Septiembre 2007)

Lecturas: *Ag* 1, 15 — 2, 9; *Sal* 42; *Lc* 9, 18-22.

1. Acabamos de escuchar el relato del profeta Ageo donde se narra que el pueblo de Israel regresa del destierro. Por providencia de Dios, un rey babilonio llevó al pueblo al destierro; por providencia de Dios, otro rey, persa esta vez, lo devuelve a su tierra.

Por providencia de Dios, el templo de Jerusalén, en el que se manifestaba la presencia y la gloria de Dios, quedó destruido; pero ahora va a ser reconstruido. El profeta Ageo da ánimos al pueblo, a los gobernadores, a los que van a trabajar en la reconstrucción y a los que vuelven del destierro (cf. *Ag* 2, 4); y termina diciendo: «La gloria de este segundo templo será mayor que la del primero» (*Ag* 2, 9).

2. Este ejemplo de la destrucción y de la reconstrucción del templo nos sirve para sacar una enseñanza respecto a nuestra vida cristiana. Somos templos de Dios, en los que el Espíritu habita, porque el Señor nos ha hecho templos suyos; pero no lo somos por iniciativa nuestra. El día del bautismo Dios nos regaló la fe, la esperanza y el amor, las tres virtudes teologales. Nos ha regalado la luz de la fe, la

fuerza de la esperanza y el ardor del amor. Y nos ha llenado el alma con su presencia y con su gracia.

En ese templo vivimos durante nuestro peregrinar en este mundo, pero no le permitimos a Dios que esté presente con toda la fuerza que Él desearía estar, porque nuestro egoísmo y nuestro pecado es una barrera para su presencia.

Poco a poco el Señor nos va llenando con su gracia y purificando, hasta el momento de nuestra muerte terrena. Entonces nuestro templo corporal se transforma; y el Señor reconstruye otro templo con mucha mayor gloria.

3. Esto es lo que estamos celebrando que ha ocurrido con la vida de D. Arturo. Él vivió el ser templo del Espíritu, desde su bautismo, y el Señor le fue llenando de su gracia e iluminándolo a lo largo de su vida.

En la medida en que cada uno de nosotros nos desprendemos de nuestro egoísmo y le dejamos espacio al Señor, en esa misma medida Él está presente en nosotros. El Señor purificó a D. Arturo en su vida terrena, sobre todo en sus últimos años, con una enfermedad que supo soportar bien cristiana y humanamente. Fue una enfermedad molesta, que entristecería a cualquiera; pero él la llevó con alegría y garbo, con elegancia y con filiación cristiana, como un buen hijo de Dios.

Vosotros, queridos fieles, sois testigos de su actitud ante la enfermedad: no se quejaba y solía responder que se encontraba bien, aunque estuviera físicamente mal. Vivía la presencia de Dios en su templo espiritual, bañado por el bautismo y consagrado por el sacerdocio ministerial.

4. D. Arturo aceptó que el Padre-Dios quería purificar su templo. Ese templo en su cuerpo físico ha quedado ahora destruido con la muerte, pero D. Arturo sigue vivo. Ahora el Señor ha culminado la obra que iba haciendo en él, desde su bautismo hasta su muerte.

Ahora, como decía el profeta Ageo, el segundo templo es mucho más hermoso, tiene mayor presencia de Dios, es más diáfano, es más acogedor, tiene más luz; ese es el templo que ahora tiene D. Arturo. Ahora la presencia de Dios llena su templo espiritual, porque ya no hay obstáculos de pecado, ni hay egoísmos, ni tinieblas que ensombrezcan la presencia de Dios.

Le pedimos hoy al Señor que conceda a D. Arturo ser un nuevo templo de mayor gloria del que vivió durante su vida terrena. La Eucaristía de esta tarde es una acción de gracias y una petición a Dios: Que lo llene de su paz. Como decía el profeta Ageo: «Aquí yo daré la paz» (*Ag* 2, 9); pero la paz eterna, no las paces de este mundo, que son pasajeras y quebradizas. La paz de Dios, el amor de Dios, la bondad de Dios, la luz de Dios, la felicidad eterna.

5. El Salmo 42, que hemos proclamado, hacía una petición al Señor: «Envíame Señor, tu luz y tu verdad; que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada» (*Sal* 42, 3). Es una oración preciosa. Peregrinar hacia Dios, llenarse de su luz y de su verdad, hasta llegar a la morada definitiva, es lo que D. Arturo ha hecho; y a lo que estamos llamados nosotros.

«Envíame Señor, tu luz y tu verdad» (cf. *id*). La luz de la fe la recibió en el bautismo; y fue recibiendo durante su vida otras muchas luces. Ahora, después de su peregrinar en la tierra, cantará con el salmista y dirá: “Hasta llegar a tu morada, hasta llegar a tu monte santo”; a la plena presencia de Dios.

Él fue progresivamente dejándose iluminar por la luz de la fe y empapándose de la verdad del Evangelio. Dos aspectos del alimento que el Señor nos regala. Muchos de vosotros recibisteis, a través de su ministerio sacerdotal, el bautismo, es decir, la luz de la fe; la mayoría habéis recibido de sus manos la Eucaristía, el alimento en nuestro peregrinar terreno; también habéis escuchado de sus labios la Palabra de Dios, que ilumina la vida.

«Envíame Señor, tu luz y tu verdad» (cf. *Ibid*) y condúceme hasta tu monte santo, hasta tu morada. Le pedimos al Señor que le dé ya la plenitud de luz y de verdad. Ahora ya está ante la Verdad plena; ya no hay oscuridades para él; ya no hay tinieblas, ni vendas, ni obstáculos. Ahora él contempla cara a cara el verdadero rostro de Dios.

Nosotros aún conocemos con muchas limitaciones, aunque naturalmente reforzados por la luz de la gracia de Dios.

Que él, desde esa luz, igual que nos ayudó en el camino terrenal para descubrir la presencia de Dios, su verdad y su luz, interceda ahora por nosotros para que sigamos llenándonos de la luz divina.

6. Hoy elevamos nuestro agradecimiento al Señor por haber conocido a D. Arturo. Creo que estamos en deuda con él, sobre todo los feligreses. Después de tantas veces que él pedía al Señor por nosotros, pidamos nosotros ahora por él. Estoy convencido de que D. Arturo actuó como solemos hacer los sacerdotes, que durante nuestro ministerio en la tierra pedimos al Señor por aquellas personas que el Señor nos ha encomendado: por aquellos a quienes bautizamos; por aquellos que se acercan a recibir el perdón de sus pecados, en cuanto representantes de Jesucristo; por aquellos que toman de nuestras manos el pan de la Eucaristía; por aquellos que escuchan la Palabra de Dios.

Se crea una vinculación y una familiaridad, una afinidad espiritualidad entre el sacerdote y el hermano fiel, que participa de su ministerio. Estoy convencido de que D. Arturo ha rezado muchas veces por todos vosotros. Recemos esta tarde por él.

Yo le pediría también a él que siga intercediendo desde allá por todos nosotros: por quienes recibisteis la gracia de Dios a través de su ministerio; y por aquellos otros que, aunque no gozamos directamente de su ministerio, al menos lo conocimos y percibimos a través de su vida la presencia bondadosa de Dios.

7. El Evangelio ha presentado el diálogo entre Jesús y los discípulos, cuando les pregunta Jesús quién es él. La gente dice cosas distintas: unos que es Elías, otros que es uno de los profetas. Pero Jesús insiste: «Y vosotros ¿Quién decís que soy yo?» (*Lc 9, 20*). Es Pedro, en nombre de todos, quien da la respuesta: «Tú eres el Ungido de Dios, tú eres el Mesías de Dios, tú eres el Hijo de Dios» (*cf. Lc 9, 21*). Esa es la confesión en la divinidad de Jesucristo.

Una auténtica profesión de fe, que estamos necesitando todos, queridos hermanos. Si salimos a la calle y preguntamos: “¿Quién es para ti Jesús de Nazaret?” ¡Qué variedad de respuestas encontraríamos! Probablemente muchas no serían las adecuadas. La confesión en Jesús como hijo del hombre e Hijo de Dios, que sintetiza lo que es Jesucristo, es propia de la fe cristiana. Jesucristo es verdadero hombre y verdadero Dios; Él es nuestro Salvador.

8. Quiero pedir a los miembros de esta comunidad cristiana que profeséis esta fe en Jesucristo. Ésta es la fe de la Iglesia; la fe que os enseñaron tantos sacerdotes, tantos creyentes, empezando por vuestros padres, y la fe que siguen

enseñándoos los últimos sacerdotes de la parroquia: D. Arturo, D. Manuel y, a partir de ahora, D. José-Eusebio.

Sed una comunidad que profese sin temor y con claridad ante nuestro mundo quién es Jesucristo. Profesad la verdad de nuestra fe católica. Que esta comunidad crezca también en luz y en verdad, caminando hasta que lleguemos al monte santo, a la morada de Dios, al final de nuestro trayecto, como ya lo ha hecho D. Arturo. Allí seremos transformados y nuestro templo será reconstruido, transformado y hecho mucho más bello de lo que es ahora.

Pedimos todos al Señor por D. Arturo, para que goce de la paz, de la luz y de la verdad eterna. Y, a su vez, le pedimos a D. Arturo, con voz queda y callada, que también interceda por nosotros.

¡Que la Virgen María, en su advocación de la Natividad, nos acompañe en este caminar y sea realmente la gran intercesora de todos los hombres! Amén.

VIGILIA DE ORACIÓN DE JÓVENES

(Oratorio San Felipe Neri - Alcalá, 5 Octubre 2007)

1. Cristo, luz del mundo (Jn 1, 1-14)

1. Hemos escuchado este texto del prólogo del Evangelio de san Juan, que nos habla de la Encarnación de Jesús, el Hijo de Dios. El Hijo de Dios es eterno, vive con el Padre y llega al mundo para traernos todo lo que significa el amor del Padre al hombre. El Evangelista nos presenta a Jesús con dos imágenes: la luz y la vida.

Cristo es la luz, para aquellas personas que lo acogen. Nosotros recibimos en el bautismo el gran regalo de la luz de la fe. Los ojos sólo pueden ver cuando quedan estimulados por la luz. Puede haber un paisaje precioso delante de nosotros, pero si nuestros ojos no reciben la luz no pueden verlo.

Al hacerse hombre Jesús, luz del mundo, mucha gente lo ha acogido, ha captado la energía de su luz y ha recibido la vida, que manaba de Él. De este modo llega a ser hijo de Dios (cf. *Jn 1, 12*) y recibe la vida divina.

Pero quienes no quieren ver dicha luz y la rechazan, no llegan a ser hijos de Dios y no quedan iluminados por la gracia de Dios; no llegan a descubrir el misterio de Dios revelado en Jesús.

2. En esta vigilia de oración, como inicio del curso 2007-2008, nos reunimos de nuevo en esta iglesia, dedicada a san Felipe Neri, para encontrarnos con el Señor y también para un intercambio fraterno entre nosotros. Queremos encontrarnos asiduamente con Aquel, que es para nosotros la luz y la vida, y sin el cual nada podemos hacer (cf. *Jn* 15, 5).

El Señor nos invita, en esta noche, a que nos dejemos iluminar por su luz. Hemos expuesto el Santísimo Sacramento. Se requiere la luz de la fe para aceptar que Él está presente de un modo especial entre nosotros. Podemos pedirle al Señor la luz de la fe: “Señor, yo creo en ti; me fío de ti; dame tu luz para caminar en la vida; ilumina mis ojos ciegos; dame esa gota fresca de fe, que ilumine mi corazón”. Si no tenemos esa gota fresca de fe, nuestro corazón seguirá desértico, vacío y oscuro; y nuestra vida no producirá buenos frutos. Acerquémonos, pues, al Señor, que es luz y vida y desea venir a nosotros y penetrar en nuestra alma: «Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (*Jn* 14, 23).

Estos momentos de oración son preciosos, para ensanchar nuestro corazón y permitir que el Señor penetre en él.

3. Como hemos escuchado en el Evangelio, Juan Bautista ha sido testigo de la luz de Cristo y ha anunciado claramente que se encontraba presente entre los hombres: (*Jn* 1, 6-7); que la luz había llegado al mundo y que la vida estaba entre nosotros. Pero el Bautista ha reconocido que él no era la luz; y que ni siquiera era digno de desatar las sandalias a Jesús: “Yo no soy digno de desatarle la correa de las sandalias” (*Mc* 1, 7).

Al venir desde el palacio episcopal hasta esta iglesia he visto el mercadillo y la mucha gente que paseaba y charlaba amigablemente. Entonces me ha venido a la mente: “¿Cómo anunciar a toda esa gente que Jesús les puede iluminar? ¿Cómo ayudar a otros jóvenes a hacerles entender que su vida puede cambiar y quedar iluminada, haciendo desaparecer la tristeza de sus ojos y la vaciedad de su vida?

Podemos ser testigos si los demás ven en nosotros un rostro iluminado. Si la luz de Jesús se refleja en nuestros ojos también nosotros seremos testigos de esa luz. Juan Bautista fue testigo del que vino a traer la salvación. ¿Tenéis iluminado vuestro rostro?

4. Los Santos Padres comparan a la Iglesia con la imagen de la luna. Jesús es el sol, que irradia su luz sobre la tierra. Cuando se hace de noche, hay una parte de la tierra, a la que no le da directamente la luz del sol, sino que recibe el reflejo de la luz solar a través de la luna. La Iglesia, según los Padres, se parece a la luna, que recibe la luz de Cristo, el sol, y la proyecta sobre los que están aún a oscuras y en tinieblas.

Cuando nosotros recibimos la luz del sol también podemos iluminar a otros. Pero si nosotros, en vez de colocarnos como la luna, para reflejar adecuadamente la luz del sol, nos situamos entre el sol y los otros jóvenes, en vez de reflejar la luz, la obstaculizamos. Nuestra misión es reflejar la luz de Cristo a los demás. Nuestra tarea consiste en acompañar a otros jóvenes, cogiéndolos de la mano e invitándoles a conocer a Jesús; como hizo el apóstol Andrés con su hermano Simón Pedro: «Hemos encontrado al Mesías» (cf. *Jn* 1, 40-41).

Nosotros no tenemos luz propia; y no podemos iluminarles con nuestra luz, sino con la de Jesús. ¡Llenémonos, pues, de la luz del Señor, para poder transmitirla y reflejarla fielmente, sin poner velos ni cortinas! Le pedimos ahora al Señor, en silencio, por todas estas intenciones.

2. Espíritu Santo, Sabiduría de Dios (Jn 14, 23-26 y Ef 3, 1-8)

5. Hemos meditado, en la primera parte del vigilia de oración, que Cristo es la luz que ilumina a los hombres. Los textos de San Juan y de San Pablo, que ahora vamos a meditar, nos presentan a Cristo como sabiduría de Dios. El misterio escondido desde la eternidad ha sido revelado a los hombres a través de Jesucristo, quien es la revelación plena y completa de Dios.

Jesucristo es el misterio que da vida, la sabiduría de Dios, que nosotros no podemos comprender plenamente, pero que se ha acercado a nosotros. Según la economía de la historia de la salvación, Jesucristo, Luz de los hombres y Sabiduría de Dios, nos llega hoy a nosotros a través de la Iglesia, mediante la acción del Espíritu Santo. La luz de la fe nos es dada en el bautismo por la acción del Espíritu. Y lo que nuestra inteligencia puede entender sobre la Sabiduría de Dios, es gracias al Espíritu.

6. El tema de la sabiduría nos viene bien en este inicio del curso. Muchos de vosotros sois estudiantes y habéis empezado ya las clases: en el colegio, en el insti-

tuto o en la universidad. En nuestra sociedad hay mucha tendencia a ver las cosas sólo desde el prisma de las ciencias empíricas, afirmando que lo que no se mide con el método científico no existe. Lo que no se verifica materialmente no se acepta; lo que no se palpa con métodos llamados científicos no tiene existencia. Según esta actitud, la conclusión es que si no podemos “medir” a Dios, no existe.

En este modo de pensar falla el método. Por ejemplo: imaginad que alguien quisiera medir el agua del mar con un metro lineal; o medir la distancia geográfica con la medida del litro; o el peso corporal con un termómetro. No es posible hacerlo de ese modo, porque se falla al aplicar la medida correcta.

7. El Espíritu Santo, gracias al cual podemos ver y conocer a Jesús, nos da el método adecuado, para poder conocer íntimamente lo que es la realidad de Dios. No se puede usar, para acercarnos a esta Realidad divina, ni el metro, ni el litro, ni el termómetro. Hay que utilizar otros parámetros: El amor y la fe. Porque la fe implica confianza en Jesús y en sus testigos y exige amor hacia ellos.

Con la confianza en los testigos y con el amor a Jesús es posible conocer la realidad divina; es un método adecuado, que nos permite acercarnos a Él. Podemos, no solamente conocer, sino también saborear esta realidad. La palabra “sabiduría” tiene la raíz de “sabor”: El que conoce con sabiduría, saborea las cosas.

La amistad no solamente permite conocer intelectualmente, sino gozar de la persona del amigo, de su presencia y de su amistad. Al amigo no sólo se le conoce intelectualmente, sino que se saborea y se disfruta su presencia.

8. En los diálogos que mantengáis en este curso con los sesudos profesores de la universidad y de los institutos y con los colegas estudiantes, que solamente se fían de algunos métodos para comprobar ciertas leyes o realidades, anunciadles que hay otros métodos para saborear la vida. Existe la vida con minúscula: la naturaleza, las cosas, el ser humano, la sociedad, la cultura. Y existe la Vida con mayúscula: Dios. Hemos de saborear la vida con minúscula y la Vida con mayúscula. De este modo podréis ser testigos entre vuestros coetáneos de que existe otra manera de estar en el mundo.

«Si alguno me ama –dice Jesús– guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23). La sabiduría de Dios quiere habitar en nosotros. Abrid vuestro corazón y vuestra mente, para penetrar en el

misterio escondido, que muchos no llegan a penetrar, porque se ponen una venda delante de los ojos y solamente quieren conocer y aceptar lo que palpan sus manos. Pero existe una realidad trascendente, que no se palpa con las manos; que se vive y se experimenta, pero no se mide con medidas inventadas por los hombres. Se experimenta con el amor y la fe, que van siempre unidas.

La realidad trascendente existe, como existe el sol. Aunque uno quisiera meterse en una caverna bajo tierra para no verlo, no por eso dejaría el sol de existir. Hay que preparar bien los ojos de la fe, para captar la realidad trascendente, que no se capta de forma natural. Pidamos al Señor que nos ayude a saborear su presencia, cantando y rezando en silencio. Hablémosle a Jesús como al amigo íntimo; tal vez no hace falta decirle muchas cosas, sino solamente: “Gracias Señor, por estar aquí con nosotros”.

3. Espíritu Santo, fuerza de Dios (Hch 1, 6-11)

9. Quien ha sido iluminado con la luz de Jesucristo, con la luz de la fe, y ha saboreado su presencia y su amor en su corazón, no puede retener esa experiencia para sí; necesita proclamarla, pregonarla. Según el texto de *Hechos de los Apóstoles*, el Señor promete la fuerza del Espíritu Santo al ascender a los cielos: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (*Hch 1, 8*).

La fuerza que reciben los apóstoles les convierte en testigos, no sólo en Jerusalén, sino en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra. Gracias a la fuerza del Espíritu creemos nosotros hoy en Cristo; porque gracias a su fuerza, los apóstoles proclamaron el Evangelio hasta los confines de la tierra, hasta el *finis térrae*; y así fuimos evangelizados.

Esta vigilia de oración, este encuentro con el Señor al inicio de curso, ha de ser el arranque de nuestra actividad juvenil, que nos haga tomar muy en serio las tareas que nos tocan hacer como hijos o hermanos en nuestra familia, como estudiantes o como trabajadores en diversos campos, como miembros de esta sociedad.

Si hemos sido iluminados por la presencia de Jesús y hemos recibido su fuerza transformadora, hemos de ser testigos, como lo fueron los Santos Niños,

cuya historia conocemos bien; como fueron también testigos tantos tantas personas a lo largo de la historia.

10. En el último domingo de este mes de octubre serán beatificados en Roma casi quinientos mártires de la persecución religiosa en España, que murieron entre los años 1934 y 1937.

El siglo XX ha sido, según dicen los historiadores, el siglo de mayor número de mártires de toda la historia de la Iglesia; más, incluso, que en las persecuciones romanas de los primeros siglos. Hay un documental, que os recomiendo ver y que se titula “*La cruz y la gloria*”, que trata sobre los mártires de la persecución religiosa en España en esa época.

Los mártires han demostrado tener una fuerza interior inexplicable, humanamente hablando. Si el Señor nos pidiera dar la vida por Él, nos daría su fuerza para hacerlo. Pero ahora se trata de ser testigos en la cotidianidad, en el día a día, en los campos y ambientes donde nos movemos. Se trata de vivir la fe en cada momento de nuestra vida.

11. En el presente curso pastoral, que hemos comenzado, vamos a continuar la “Misión Joven”. Haremos actividades distintas a las del año pasado, pero el espíritu de la Misión Joven continúa este año. Hemos de ser testigos de Jesús entre los jóvenes; y también en el ambiente familiar, escolar y laboral. Os animo, por tanto, a comenzar este nuevo curso con energías renovadas por la fuerza del Espíritu, que nos transforma en testigos.

Vamos a realizar también varias convivencias y retiros espirituales, para que os pongáis delante del Señor y le preguntéis: “¿Señor, qué quieres de mí? Si quieres que forme una familia cristiana, donde se viva tu amor, estoy dispuesto; si quieres que sea un gran matemático o un buen profesor de universidad, aquí estoy; si quieres que sea misionero en algún país lejano, heme aquí; si quieres que sea sacerdote en esta Diócesis de Alcalá, aquí me tienes; si quieres que me consagre en la vida religiosa o contemplativa, te seguiré donde tú quieras, Señor”. Poneos delante del Señor y con mucha seriedad y libertad preguntadle: “¿Señor, qué quieres de mí?”.

12. Deseo terminar haciéndoos partícipes de la experiencia que he vivido en Sibiu, ciudad de la Transilvania rumana, que tiene un número de población similar

a Alcalá. Allí se celebró en los primeros días de septiembre la tercera Asamblea ecuménica Europea, donde estuvieron presentes más de dos mil delegados de las diversas iglesias y comunidades cristianas: católicos, ortodoxos, protestantes, anglicanos, iglesias antiguas. Fue un encuentro muy interesante.

Había mucha gente joven. Todos profesaban la fe en Cristo, nuestro Salvador, pero no todos pertenecían a la misma iglesia. Por desgracia la túnica única de Jesús, símbolo de la única Iglesia de Jesucristo, la hemos rasgado y hecho jirones. Nos hemos dividido en pequeñas parcelas y el gran intento de la unidad entre cristianos es recomponer ese tejido roto de la túnica de Jesús.

Todos nos llamamos cristianos, pero no todos profesamos la misma fe. Por ejemplo, hay cristianos que no creen en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, o creen en los sacramentos como signos eficaces de gracia. Tengamos presente la dimensión ecuménica, porque llegan a nuestra Diócesis gentes de todas partes Europa y del mundo, que profesan otra fe: unos son cristianos; otros profesan otros credos y religiones: musulmanes, animistas.

13. Durante la Asamblea ecuménica en Sibiu hubo celebraciones y momentos de oración. En el templo gótico de la catedral anglicana nos reunimos para hacer una vigilia de oración al estilo de Taizé, como la que estamos celebrando nosotros ahora. Los que conocéis Taizé sabéis que se hace una oración a base de cantos repetidos muchas veces, en forma de canon.

Al finalizar la oración tuve ocasión de encontrarme con el hermano Aloisio, actual Prior de la Comunidad de Taizé, que ha sucedido al hermano Roger, y le hablé de vosotros y de estas vigiliass que hacéis. Le dije: “En la Diócesis de Alcalá hemos inventado los viernes alternativos”. Y me preguntó qué significaban “*Les vendredis alternatifs*”. Le expliqué que en los fines de semana muchos jóvenes salían por la noche, para disfrutar en las discotecas, en los bares y en otros lugares.

Pero que había en nuestra Diócesis grupos de jóvenes creyentes, comprometidos y bravos, que se reúnen los viernes en sus parroquias para rezar y para adorar al Señor, como estamos haciendo aquí esta noche. En vez de “ir de copas” estos jóvenes iban a estar con el Señor; y, al terminar, dialogaban y compartían sus proyectos e ilusiones. Esto son los “viernes alternativos”.

El Hermano Aloisio me respondió: “¡Qué bien. Me alegro mucho. Salude a sus jóvenes de Alcalá”. Os transmito, por tanto, el saludo afectuoso del Hermano Aloisio de Taizé. Vamos a continuar con nuestros viernes alternativos. Las “copas” de nuestros viernes tienen estas características. Ahora hay que hacer lo posible para que no quepamos aquí. ¿Me habéis entendido? Hemos de invitar a “nuestras copas” a otros jóvenes, para que no quepamos aquí y que tengamos que buscar otra iglesia más grande.

Terminamos este tiempo de oración adorando al Señor Sacramentado, presente entre nosotros, y le manifestamos nuestro amor, agradeciendo su amor hacia nosotros. Amén.

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

(Parroquia de N^aS^a del Rosario – Torrejón, 7 Octubre 2007)

Lecturas: *Hch* 1, 12-14; *Lc* 1, 26-38.

1. María, la Madre de Jesús

1. Estamos celebrando, estimados hermanos, una hermosa fiesta, muy familiar y entrañable: la fiesta de la titular de la Parroquia, Nuestra Señora del Rosario, que es patrona de Torrejón: de todos los fieles y ciudadanos que viven en Torrejón. Hemos escuchado en el Evangelio el pasaje de la anunciación del ángel a la Virgen María. El primer tema que aparece es la maternidad de María: Ella es llamada a ser Madre del Hijo de Dios; acontecimiento impresionante y único en la historia; María, una criatura humana, propuesta como Madre de Dios.

El ángel le dice: «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús» (*Lc* 1, 31), cuyo nombre significa “Dios salva”. Jesús es el Salvador de la Humanidad. Y María queda admirada y estupefacta, porque no se esperaba que fuera llamada a ser Madre de Jesús; y le vienen a su mente los interrogantes normales, que pudiera hacerse cualquier mujer: “¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo puedo yo ser Madre de Jesús, si no estoy casada? Pero el Señor tiene sus planes; y María llega a ser Madre, porque acepta los planes de Dios.

Ésta es una gran lección, que nos da María. Ella tendría, como toda mujer, sus proyectos de vida; pero el ser la Madre del Hijo de Dios era una novedad y una sorpresa inconcebible. Cuando se le dice que el Hijo que va a nacer de Ella será llamado “Hijo del Altísimo” y que el Señor Dios le dará el trono de David su padre y que tendrá un reino que no tendrá fin (cf. *Lc* 1, 31-33), no daría crédito a lo que escuchaban sus oídos. Y, sin embargo, al final del diálogo, en el que se le comunica que su hijo será el Hijo de Dios y traerá el Reino de Dios a este mundo, que será el Mesías, descendiente de David, María responde, con humildad: “He aquí la esclava del Señor” (*Lc* 1, 38).

La maternidad de María, concretada en su Hijo, se prolonga en la historia, extendiéndose esa maternidad a todos los hombres de todos los tiempos. Hoy aclamamos a la Virgen María como Madre nuestra, porque Ella ha aceptado ser la Madre de Jesús.

2. En las paredes del templo, en el presbiterio, habéis colocado un buen número de imágenes de la Virgen, que representan muchas advocaciones. La titular en Torrejón es la “Virgen del Rosario”, pero hay otras muchas advocaciones, propias de los lugares de los que procedéis, sea de España, sea de otros países de Europa o Latinoamérica. Ha sido una excelente idea, por la que os felicito.

La Virgen es Madre de todos los hombres. Cada uno la invocamos con una advocación propia. Aquí la llamamos “Nuestra Señora del Rosario”, o “Virgen del Rosario”. Pero también participamos de las otras advocaciones con las que, de manera particular o familiar, la invocáis en vuestro pueblo o nación de origen.

En esta gran familia, que es la Iglesia, y en esta pequeña familia, que es la comunidad parroquial, tienen cabida todas las advocaciones a María. Como los hijos en una familia numerosa llaman a su madre de distintas maneras, así cada cristiano puede llamar a su Madre, la Virgen, con el nombre cariñoso que desee; y todos los demás hijos participamos de esa forma cariñosa de llamar a nuestra Madre. Hoy, pues, nos unimos también a todas esas advocaciones con que os dirigís a María en las diversas comunidades cristianas de procedencia.

2. María, la humilde esclava del Señor

3. María, después de ser llamada a la maternidad divina, responde: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38). Fijémonos que

el ángel se lo pinta muy bonito, diciéndole que su hijo será el Hijo del Altísimo, el Hijo de Dios, el Hijo de David, el Ungido, el Rey-Mesías.

Pero Jesús también es el Siervo de Yahvéh, el esclavo de todos, el servidor de todos; el que después morirá en la cruz por nosotros, maltratado como un malhechor, como anunció el profeta Isaías en los cánticos del Siervo de Yahvéh (cf. Is 52, 13 –53, 12). María, en su humildad, no se arroga el título de Madre, sino que responde con sencillez: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38).

¡Qué gran ejemplo de humildad! Nosotros, en cambio, no siendo importantes, nos ufamamos de ser alguien. Jesús, el Hijo de Dios, es el siervo y la Madre de Dios se presenta como esclava. Ambos nos dan ejemplo, para que seamos servidores de los demás: servidores de nuestros hijos; servidores de nuestras esposas y esposos; servidores de nuestros padres, de nuestros hermanos enfermos, ancianos y niños; servidores del emigrante que llega; servidores del pobre; servidores de la comunidad parroquial. Como nos ha dicho el Señor: «El que quiera ser mi discípulo, que sea el último y el servidor de todos» (Mc 10, 44).

4. ¡Qué gran lección nos da María hoy! Pidamos al Señor que nos haga fieles servidores suyos. Como María, nuestra Madre, la Virgen del Rosario. Voy a leeros un texto de la carta que el Papa Juan Pablo II escribió sobre la dignidad de la mujer, poniendo como modelo a la Virgen. Dice así: “Cuando María, la «llena de gracia», responde a las palabras del mensajero celestial con su «fiat», siente la necesidad de expresar su relación personal ante el don que le ha sido revelado diciendo: «He aquí la esclava del Señor» (Lc 1,38). A esta frase no se la puede privar ni disminuir de su sentido profundo, sacándola artificialmente del contexto del acontecimiento y de todo el contenido de la verdad revelada sobre Dios y sobre el hombre. En la expresión «esclava del Señor», se deja traslucir toda la conciencia que María tiene de ser criatura en relación con Dios. Sin embargo, la palabra «esclava», que encontramos hacia el final del diálogo de la Anunciación, se encuadra en toda la perspectiva de la historia de la Madre y del Hijo. De hecho, este Hijo, que es el verdadero y consubstancial «Hijo del Altísimo», dirá muchas veces de sí mismo, especialmente en el momento culminante de su misión: «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45)” (Juan Pablo, *Mulieris dignitatem*, 5, Roma, 15.VIII.1988).

Si el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, y la Madre del hijo del Hombre es la esclava y sierva del Señor ¿qué tenemos que ser nosotros?

3. La parroquia del Rosario en estado de misión

5. La parroquia de Nuestra Señora del Rosario empieza hoy, de manera solemne, una misión para predicar el Evangelio en nuestro barrio. El Señor nos pide que seamos testigos suyos ante los demás. Ya os dije en la Visita pastoral que Torrejón necesitaba una re-evangelización, un nuevo anuncio del Evangelio, para animar a nuestros contemporáneos a acercarse a Dios. Ése es el objetivo de nuestra misión: ser servidores del Evangelio; ofrecer la Buena Nueva a la gente que no la conoce o que la rechaza.

Pero para eso necesitamos vivir nosotros la Buena Nueva. Necesitamos renovar nuestras fuerzas, alimentarnos con la Palabra y la Eucaristía, formarnos cristianamente, encontrarnos y animarnos mutuamente, para poder después salir a la calle, al barrio, y anunciar a los demás la gran maravilla, la gran noticia de que estamos salvados, de que Dios nos ama, de que la Virgen del Rosario nos ama. ¿Qué mejor regalo podemos comunicar a los demás? Es el gran regalo de la fe y de la luz, que el Señor nos ha dado. Por lo tanto, hemos de renovar la fe y proclamarla a los cuatro vientos.

Tengamos en cuenta que esta comunidad parroquial, al prepararse para la misión, ya está siendo renovada por el Espíritu. Cuando uno se compromete a anunciar el Evangelio y a vivirlo, empieza renovándose él mismo. Esta parroquia está siendo renovada y rejuvenecida por el Espíritu.

Para ponerse en estado de misión es necesaria una preparación, del mismo modo que los atletas realizan un pre-calentamiento o ejercicios previos, antes de hacer la prueba definitiva. En vuestros rostros se aprecia ya la alegría y la esperanza de realizar esta misión. Ha habido una preparación previa, en la que se han puesto las bases y los objetivos de la misión. ¡Enhorabuena!

6. Quiero terminar animándoos con las mismas palabras con las que san Pablo animó a su amigo y discípulo Timoteo, a quien puso al frente de una comunidad: «Reaviva el don de Dios que recibiste con la imposición de manos» (cf. 2 Tm 1, 6). Timoteo fue ordenado obispo y le impusieron las manos; pero antes había recibido el bautismo y la confirmación.

Todos nosotros hemos recibido el bautismo y nos han impuesto las manos en la confirmación, en la que se nos ha dado el don del Espíritu. Estimados fieles,

reavivad el don de Dios, que habéis recibido con la imposición de manos. Los sacramentos del bautismo y de la confirmación nos han convertido en misioneros. San Pablo nos recuerda: «No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor» (cf. 2 Tm 1, 8a). No te avergüences, querido fiel, de dar testimonio en Torrejón de nuestro Señor, porque tienes la fuerza del Espíritu.

7. San Pablo ha sido el gran evangelizador, que ha pasado por muchas penas: persecuciones, palizas, cárceles, viajes difíciles y largos, fríos, naufragios, caminatas, cansancios, falta de comida y falta de sueño. Pablo sabe lo que significa anunciar el Evangelio y nos invita a ello: «Toma parte en los duros trabajos del Evangelio» (2 Tm 1, 8). Anunciar el Evangelio implica tener que soportar momentos difíciles y duros; pero no os preocupéis, porque tenéis la fuerza del Señor.

Dice el *Libro de los Hechos* que la Virgen perseveraba en la oración con los apóstoles: «Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos» (*Hch*, 1, 14). Hemos de perseverar en la oración junto con María. Ya que estamos en la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, rezar el Rosario es una ocasión preciosa, para rezar con la Virgen, al igual que hacían los Apóstoles. Meditar los misterios del Rosario es un modo excelente para estar en sintonía con la Virgen.

¡Que Ella nos ayude, nos acompañe, nos proteja y nos guíe! ¡Que la Virgen haga fructificar la misión que la parroquia de la Virgen del Rosario empieza ahora! Que así sea.

DEDICACIÓN DEL NUEVO TEMPLO PARROQUIAL DE SAN SEBASTIÁN MÁRTIR

(Arganda, 12 Octubre 2007)

Lecturas: *1 Re* 8, 22-23.27-30; *Hch* 1, 12-14; *Lc* 19, 1-9.

1. Un saludo muy cordial y fraternal a los sacerdotes, que me acompañan en esta Dedicación del nuevo templo y a los seminaristas, que ministran hoy en el altar. También un saludo a todos los presentes: las autoridades locales y todos los que han trabajado en esta obra, de manera especial el constructor, los arquitectos, los colaboradores; y todos los que, de una manera u otra habéis hecho posible la construcción de este templo, con vuestro esfuerzo y dedicación.

Saludo a la feligresía de la parroquia de San Sebastián, juntamente con los fieles de Arganda, que os habéis unido a esta celebración. Y a todos los que habéis venido a dar gracias a Dios, mi más cordial y cariñoso saludo.

1. La parroquia, lugar de encuentro con Dios

2. En la lectura del primer libro de los Reyes hemos escuchado el hermoso gesto de Salomón, quien se puso ante el altar del Señor, en presencia de toda la asamblea de Israel, y extendiendo sus manos al cielo dijo: «Señor, Dios de Israel, no hay Dios como tú en lo alto de los cielos ni abajo sobre la tierra, tú que

guardas la alianza y el amor a tus siervos que andan en tu presencia con todo su corazón» (*1 Re 8, 22*).

Salomón, en un acto de fe y de adoración, reconoce la omnipotencia de Dios y su amor a quienes le reconocen como tal y se mantienen en su presencia. Y se pregunta cómo es posible que Dios habite con los hombres sobre la tierra, puesto que los mismos cielos no pueden contener una presencia tan inmensa (cf. *1 Re 8, 27*).

En esta celebración, en la que vamos a dedicar este hermoso templo al Señor, queremos nosotros también hacer profesión de nuestra fe y de nuestro amor a Dios; y reconocerle como Señor nuestro. También nosotros queremos andar en su presencia y abrirle nuestro corazón.

3. Este lugar se va a convertir, a partir de ahora, en un lugar de encuentro con Dios. Aquí, estimados fieles, en este nuevo templo parroquial de San Sebastián Mártir en Arganda, Dios va a realizar maravillas con sus fieles: muchos recibirán la luz de la fe en las aguas bautismales y serán hechos hijos de Dios; a otros se les abrirán los ojos y reconocerán al Dios verdadero; los oídos de muchos sordos quedarán abiertos y podrán escuchar la Palabra salvadora de Dios; lenguas enmudecidas antes por la increencia cantarán himnos de gloria y alabanza a la Trinidad santa, adorando al verdadero Dios, movidos por la fe aceptada y vivida.

Este templo parroquial será un lugar de encuentro con Dios, que salva, cura y da la vida. En la oración consecratoria pediremos que este templo sea el lugar de la íntima comunión y paz con el Señor; Él quiere habitar en medio de su pueblo; quiere estar a su lado y acompañarle en sus vicisitudes humanas. El Señor quiere estar junto a todos nosotros.

4. En el evangelio hemos visto el deseo de Zaqueo de ver a Jesús y la invitación del Maestro a hospedarse en su casa: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa» (*Lc 19, 5*). Zaqueo lo recibió muy contento: «Se apresuró a bajar y le recibió con alegría» (*Lc 19, 6*).

La gente murmuraba diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador» (*Lc 19, 7*). Pero aquel encuentro con el Señor sirvió a Zaqueo para convertirse en un discípulo de Jesús y cambiar de vida: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces

más» (Lc 19, 8). De este modo, la salvación de Dios llega al corazón de Zaqueo, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido (cf. Lc 19, 9-10).

Este nuevo templo va a ser un lugar de encuentro con el Señor, que favorecerá la conversión de los corazones a Dios.

5. En la oración de Salomón se imploraba a Dios que escuchara la oración de sus fieles: «Oye, pues, la plegaria de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Escucha tú desde el lugar de tu morada, desde el cielo, escucha y perdona» (1 Re 8, 30).

También nosotros le pedimos esta tarde al Señor que escuche las plegarias de su pueblo, la Iglesia; que atienda benigne las súplicas a favor de nuestros hermanos, los hombres; que sea misericordioso con nosotros, pecadores; que nos conceda generosamente su salvación, para alcanzar la vida eterna.

6. Este nuevo templo será un manantial de aguas vivas. La profecía de Isaías tendrá cumplimiento en este lugar: «*Porque han brotado aguas en el desierto, torrentes en la estepa*» (Is 35, 6). Las aguas bautismales, fuente de vida y manantial de gracias divinas, bañarán a quienes se acerquen con fe para recibirlas y traerán frutos de vida eterna.

Como dice el Salmo segundo, el hombre que se complace en la ley del Señor «es como un árbol plantado junto a corrientes de agua, que da a su tiempo el fruto y jamás se marchitan sus hojas; y cuanto emprende tiene buen fin» (Sal 2, 3).

En medio de una sociedad vacía de sentido y sin referencia a Dios, este templo puede convertirse en un vergel, como dice el profeta Isaías: «*El páramo será un estanque, lo reseco un manantial*» (Is 35, 7). Pedimos al Señor que este nuevo templo sea un manantial de aguas que riegue y fecunde el desierto espiritual de nuestra sociedad.

La presencia de Dios en medio de su pueblo es fuerza que transforma y que da vida. ¡Dejémonos transformar por el Señor!

7. En este templo se celebrará diariamente la Eucaristía, banquete de amor y pan para el camino. En la oración consecratoria al ungir el altar con óleo el cele-

brante dice: “*Sea también la mesa del Señor, donde tu pueblo se alimente en el convite sagrado*”. Sobre la mesa del altar se ofrece el banquete divino, en el que Jesús nos ofrece su cuerpo y su sangre.

Se nos invita a tomar el pan de vida (cf. *Jn* 6, 35), el alimento que fortalece y perdura hasta la vida eterna (cf. *Jn* 6, 51).

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana y “*hace vivir y crecer a la Iglesia*” (*Lumen gentium*, 26). La celebración eucarística es el centro y cumbre de toda la vida cristiana (cf. *Christus Dominus*, 30).

2. La parroquia, ámbito de fraternidad y de comunión

8. En toda comunidad parroquial los miembros que la componen son verdaderos hermanos, que participan en la misma mesa y toman el mismo pan. Ese gesto fraternal les conduce a tratar a todos los hombres con respeto y amor, reconociendo su dignidad de hijos de Dios y hermanos en el Hijo Jesucristo. El Concilio Vaticano II nos recuerda: “*Especialmente por la sagrada Eucaristía, se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado*” (*Lumen gentium*, 33).

En la oración consecratoria pediremos al Señor que el altar “*sea fuente de unidad y de concordia para todos los que formamos tu Iglesia santa; fuente a la que tus hijos acudan hermanados para beber en ella el espíritu de mutua caridad*”.

La parroquia, queridos feligreses, debe ser lugar de verdadera fraternidad, donde los hijos del mismo Padre-Dios se encuentran y se ayudan. Como dice San Juan: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn* 13, 35).

9. La fraternidad no termina en el amor mutuo entre los hermanos de la misma comunidad. El amor se extiende a todos los hombres. Es propio de todas las comunidades cristianas acoger a los más necesitados: a menesterosos, a transeúntes, a emigrantes.

La vidriera del techo del templo expresa, en distintos idiomas, la presencia de fieles procedentes de diversas partes del mundo, que se reúnen aquí entorno al

mismo altar. Aquí son acogidos y al mismo tiempo enviados a proclamar la Buena Nueva; la frase escrita es el mandato del Señor Jesús de ir por todo el mundo a anunciar el Evangelio: «Seréis mis testigos (...) hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8).

La Iglesia practica la hospitalidad con todos y sirve caritativamente a los necesitados. Es conocida de todo el mundo la “Caritas”, sea parroquial, diocesana, nacional o internacional, que expresa el amor desinteresado y la acogida que realiza la Iglesia católica en todo el mundo.

La parroquia de San Sebastián debe expresar también el amor a los más necesitados en la forma más adecuada y adaptada a sus características; pero es una dimensión importante, que debe estar presente en toda comunidad cristiana.

3. El templo, figura de la Iglesia

10. Os invito ahora a contemplar el nuevo templo. Esta obra ha sido tarea conjunta de muchas personas; entre ellas están el vicario general, aquí presente, Mons. Florentino, el párroco D. Ángel, los arquitectos, el maestro vidriero, los responsables de obra y todos los que habéis colaborado en esta hermosa tarea de levantar un nuevo templo. Quiero hacer una mención especial a D. Julián Sánchez Primo y familia, que ha puesto ilusión, tiempo y muchos recursos. Y una palabra al Maestro vidriero, cuya madre falleció ayer y no ha podido estar en esta celebración; y no ha podido terminar las vidrieras para este momento.

El Señor nos ha regalado la oportunidad, en la misma construcción, de hacer una obra de fraternidad y de comunión. Hemos de estar contentos con el Señor, que nos ha permitido trabajar fraternalmente y en equipo; a pesar de las dificultades que haya podido haber, como en toda obra humana.

El templo sugiere la imagen de una tienda, en referencia al templo como presencia de Dios entre nosotros. El pueblo de Israel plantaba la tienda del encuentro (cf. Ex 27, 21), como lugar de la presencia de Dios.

También representa este templo una barca de vela, figura de la Iglesia, con velas desplegadas y unidas a un gran mástil, que es Jesucristo, representado en el gran crucifijo y en la vidriera que está por terminar. Quiere ser la presencia permanente de la Iglesia, barca de Pedro, en medio de los hombres. El templo expresa la

presencia de Cristo, quien puso su tienda entre los hombres (cf. *Jn* 1, 14). Este templo es, queridos fieles, la tienda del encuentro con el Señor.

11. Contemplando el templo, nos viene a la mente aplicar a esta parroquia lo que significa la Iglesia, barca de Pedro, como “*sacramento universal de salvación*” (*Ad gentes*, 1). Aquí pueden subir muchos náufragos, muchos que necesitan ayuda y quieren salvar su vida de los abismos del mal.

Es muy importante en la liturgia la centralidad del altar, visible desde cualquier parte y centro de toda la actividad litúrgica.

Los luminosos ventanales nos ayudan a armonizar el espacio exterior con el interior y a jugar con la luz del sol, signo de Jesucristo resucitado, que ilumina nuestras vidas.

Las vidrieras tienen el objetivo de tamizar la luz, que llega desde fuera, para crear un ambiente propicio para la oración; sugieren elementos eclesiales y teológicos, que enriquecen el conjunto. La vidriera del altar mayor representará a Cristo, muerto en la cruz, el Mártir por excelencia. A sus pies, como una prolongación de su sacrificio en la cruz, estará la figura de San Sebastián, que dio testimonio de la fe con su sangre.

Todo el edificio nos invita a elevar la mirada hacia Dios, para alabarle y darle gracias. Y al mismo tiempo, para pedirle que nos haga auténticos testigos de la fe, en este inicio del siglo XXI, como lo fue San Sebastián en su tiempo. «Seréis mis testigos (...) hasta los confines de la tierra» (*Hch* 1, 8), reza la frase de la vidriera del techo en varias lenguas.

12. Damos gracias a Dios en este día de la Dedicación de este templo parroquial de San Sebastián en Arganda. ¡Que este lugar sea verdaderamente sagrado, a partir de ahora! Desde hoy y para siempre se consagra al Señor. Aquí escucharemos la Palabra de Dios, ofreceremos el sacrificio de Jesucristo, pediremos perdón de nuestros pecados y recibiremos a raudales las gracias que Dios quiera dispensarnos, como un manantial de agua viva, que salta hasta la vida eterna (cf. *Jn* 4, 14).

Queridos hijos de Arganda y feligreses de San Sebastián Mártir, queridos amigos todos, hemos de poner nuestra confianza en Dios y procurar hacer su vo-

luntad, dejando a un lado nuestros propios planes. Si ponéis vuestras esperanzas en vuestras capacidades humanas, en el dinamismo del párroco y de sus fieles, en la preparación de los catequistas, en los medios técnicos,... el fracaso será rotundo. Pero si os ponéis en manos de Dios y confiáis en su gran misericordia y amor, la parroquia irá adelante y dará sus frutos.

Los apóstoles, como hemos escuchado en el Evangelio, «perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos» (*Hch* 1, 14). Esta comunidad parroquial debe reunirse en torno a la Virgen, para rezar y empaparse de la Palabra de Dios, para celebrar los Misterios del Señor y tomar fuerzas para ser verdaderos testigos.

Pedimos a la Virgen del Pilar, cuya fiesta se celebra hoy, que nos ayude a vivir como verdaderos cristianos. Y pedimos también la intercesión de San Sebastián, titular de esta parroquia, para que seamos, como él, buenos testigos del Evangelio hasta los confines de la tierra. Amén.

DÉCIMO ANIVERSARIO DEL SEMINARIO DIOCESANO

(Catedral-Alcalá, 18 Octubre 2007)

Lecturas: 2 *Tm* 4, 9-17; *Sal* 144; *Lc* 10, 1-9.

1. En la fiesta litúrgica de san Lucas, el evangelista, la Iglesia ha tomado un texto del mismo Evangelio, para presentar a la tarea de los evangelizadores y el mandato del Señor: «La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (*Lc* 10, 2). Lucas describe las características de los obreros de la mies: cómo han de predicar, con qué ánimo han de ir, con que desprendimiento y con qué actitud, para anunciar: «El Reino de Dios está cerca de vosotros» (*Lc* 10, 9). El Reino de Dios está dentro de vosotros mismos; Dios salva al hombre, Dios está actuando en la historia. Ésta es la gran noticia, que todo evangelizador debe comunicar a los hombres.

El Señor nos ha dado un mandato: «Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (cf. *Lc* 10, 2). Hoy queremos dar gracias a Dios por la existencia en nuestra Diócesis del Seminario Diocesano. En la historia de nuestra joven Diócesis de Alcalá de Henares, iniciada en julio del año 1991, la preparación de los candidatos al sacerdocio se hizo presente desde el primer momento. Mons. Manuel Ureña, el primer Obispo de esta Diócesis, tomó la responsabilidad de formar a los futuros sacerdotes, aunque no disponía de Seminario propio. Enviaba a

los candidatos a otros Seminarios de España o acogía seminaristas de otros lugares de formación, para ordenarlos en nuestra Diócesis. Hay que agradecer a Don Manuel esa preocupación inicial de encontrar la mejor manera de formar a los nuevos sacerdotes.

2. Posteriormente se creó el Seminario diocesano, que tuvo como sedes diversos lugares en Alcalá: en primer lugar, la casita de la calle de Santa María la Rica, número once; después la Casa Diocesana, junto a la Estación de tren; y, finalmente la sede actual en la calle Santa María la Rica, número siete, cuya inauguración hoy conmemoramos.

Queremos dar gracias a Dios en el décimo Aniversario de la inauguración solemne y oficial de esta sede. Recuerdo aquel día de la solemne inauguración, en la que, siendo Obispo auxiliar de Valencia, estuve presente. Las nuevas campanas de la Catedral voltearon y repicaron, alegres, aquel mismo día.

Mons. Manuel Ureña encargó al primer Rector, Don Ángel Castaño, que está presente entre nosotros, el cuidado y la formación de los seminaristas. En un tono alegre y jocoso, como él solía emplear, le advirtió que si no realizaba bien su tarea, le “rebanaría el pescuezo”. Quiero agradecer públicamente a Don Manuel su preocupación por la formación de los seminaristas. Apenas pudo formó el primer grupo de los que serían después los primeros superiores del Seminario, a quienes conocí personalmente en Roma: Don Ángel Castaño, Don Javier Ortega, actual Vicario episcopal, y Don Arturo Otero, como Director espiritual, que ahora está en comisión de servicios en la Archidiócesis de Santiago de Chile.

Los inicios siempre son complejos y duros. Por eso agradecemos a Dios lo mucho que nos ha bendecido. Y también agradecemos a los mediadores de los que Él se ha servido: a Don Manuel, en primer lugar, como primer Obispo de esta Diócesis restaurada; al equipo de sacerdotes, que asumió, balbuceando, con muchas limitaciones y estrecheces, la tarea de formar a los candidatos al sacerdocio; y a todas las personas que colaboraron a la puesta en marcha del Seminario.

De este Seminario han salido ya varias generaciones de sacerdotes. Es un gran regalo, que el Señor ha hecho a nuestra Diócesis. Una Diócesis sin sacerdotes no puede mantenerse. Pero tenemos que seguir pidiendo al Señor que mande obreros a su mies.

3. Quiero animaros, queridos sacerdotes, a participar en todas las iniciativas que la Diócesis realice, sea a través de las delegaciones diocesanas correspondientes, o directamente propuestas por el Obispo, para potenciar la animación vocacional entre los jóvenes. ¡Apoyad estas actividades y participad en ellas!

Algunos sacerdotes comentan al respecto: “La Diócesis organiza actividades, pero los sacerdotes ofrecemos nuestros jóvenes”. Tengamos en cuenta, queridos sacerdotes, que no son “vuestrós jóvenes”, sino que son de Cristo. Nosotros somos, tan sólo, sus servidores. No cabe, pues, hacer proyectos personales independientes, porque todos trabajamos para Cristo y para su Iglesia, que es universal. No trabajamos sólo para la Diócesis de Alcalá, ni mucho menos para la propia parroquia; porque nuestras parroquias no son cotos cerrados ni cortijos privados. Las parroquias son concreción de la iglesia particular, que, a su vez, está formada a imagen de la Iglesia universal (cf. *Lumen gentium*, 23).

Transmitid este mensaje a todos los sacerdotes: cualquier iniciativa diocesana hay que apoyarla, independientemente de quién sea el encargado de llevarla a cabo; esto es muy importante. Si no se hace así, traicionamos el encargo del Señor, quien no solamente nos manda rezar por las vocaciones, sino también favorecer el encuentro de los jóvenes con Cristo, para puedan responder a su llamada.

Hay que animar a los jóvenes a participar en las actividades de la pastoral juvenil y vocacional: convivencias, encuentros, retiros, ejercicios espirituales, vigiliás de oración. En el campo vocacional no nos podemos permitir el lujo de hacer sólo algunas actividades; hay trabajar, de una manera capilar, en todos los campos pastorales. Toda vuestra vida sacerdotal debe estar impregnada por la preocupación vocacional. Agradezco y felicito a todos los sacerdotes que favorecéis y promovéis las actividades juveniles, encaminadas a este fin.

4. Desearía hora describir en tres imágenes lo que debería ser nuestro Seminario. La primera imagen se refiere al Seminario como un “hogar”, donde los candidatos al presbiterado vivan un ambiente de familia, de fraternidad, de afectividad sana, de hermandad como hijos de Dios.

Por la gracia bautismal somos hechos hijos de Dios y hermanos en Cristo Jesús; y por la ordenación sacerdotal entramos a formar parte de una fraternidad sacramental. A los padres y a los hermanos no los elegimos; nacemos en una familia, que nos es regalada. Nadie elige a quién va a tener como hermano carnal; es, más

bien, un regalo de Dios. Tampoco elige nadie a quién va a tener como hermano en el sacerdocio y en el presbiterio; es, asimismo, un regalo de Dios.

El Seminario debe ser un hogar, que prepare a vivir la fraternidad sacramental, a partir de la ordenación, como dice el Concilio Vaticano II (cf. *Presbyterorum ordinis*, 8) y Juan Pablo II desarrolla, en la exhortación post-sinodal *Pastores dabo vobis* (cf. n. 17).

5. El ambiente de hogar facilita el crecimiento humano, las relaciones interpersonales, la libertad y la paz interior, poniendo las condiciones necesarias para un adecuado desarrollo de la persona. El candidato al sacerdocio debe crecer en los aspectos humanos de relación, diálogo, apertura, respeto. Juan Pablo II desarrolla esta idea en *Pastores dabo vobis* (cf. 44; 60; 66; 68).

Quiero agradecer a los superiores que realizan el difícil esfuerzo de procurar que el Seminario sea un hogar. A los seminaristas os pido que hagáis el esfuerzo de convertir el Seminario en un verdadero hogar, en el que la formación humana pueda desarrollarse como por ósmosis.

En ese hogar hay responsabilidades, roles y misiones. En la familia los padres no deben abdicar de su misión de padres, porque los hijos no crecerían adecuadamente; los hijos crecidos en ambientes familiares sin autoridad y sin respeto mutuo, son propensos a vivir como ciudadanos inadaptados y conflictivos. Nuestra sociedad vive en un eclipse de paternidad y de autoridad, que propicia el aumento de conflictos sociales, como han demostrado los estudios realizados al respecto.

También en el Seminario hace falta una autoridad y unas reglas de convivencia, que deben ser respetadas por todos.

6. La segunda imagen se refiere al Seminario como un “*cenáculo*”. En el cenáculo compartían los apóstoles la oración en común, reunidos con la Virgen María. El cenáculo nos recuerda la dimensión espiritual; es decir, un ambiente que favorece la oración, el silencio meditativo y el encuentro personal con Dios.

Nos ayudaría a entender mejor la imagen del cenáculo, la reflexión del Papa Juan Pablo II cuando habla sobre la formación espiritual: “En este sentido el seminario en sus diversas formas y, de modo análogo, la casa de formación de los sacerdotes religiosos, antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un

ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo, de manera que el que ha sido llamado por Dios al sacerdocio pueda llegar a ser, con el sacramento del orden, una imagen viva de Jesucristo, cabeza y pastor de la Iglesia” (*Pastores dabó vobis*, 42; cf. *Ibid.*, 45-48).

Los seminaristas deben familiarizarse con la oración de la Iglesia: Liturgia de las Horas, Eucaristía, lectura orante de la Palabra de Dios (cf. *Pastores dabó vobis*, 47) y otras celebraciones; deben ejercitarse tanto en la oración comunitaria y como en la oración personal. Esas formas de oración deben ser favorecidas y promovidas en el cenáculo del Seminario. Los sacerdotes deberían promover también estas formas de oración en sus respectivas comunidades cristianas, para que fueran “cenáculos”.

7. La tercera imagen la tomamos del mundo vinícola: El Seminario debe ser como un “*barril de vino añejo*”; quizá esta imagen os parecerá más jocosa, pero tiene su jugo y su chispa. El buen vino añejo necesita tiempo para madurar.

Los hombres, al nacer, venimos a una sociedad determinada, a una cultura con unos valores y unas características propias, que es necesario conocer y asimilar. El Seminario debe propiciar el conocimiento y la asimilación de la cultura, de la historia y de los valores humanos. En dicho ambiente deben ser cultivadas la preocupación intelectual y una buena formación teológica. El tiempo del Seminario es el momento propicio para afrontar el estudio sistemático y profundo de la Teología, para poder realizar el diálogo fe-razón, siguiendo la exhortación de San Pedro, en su primera carta: «Estad dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pe 3, 15).

Necesitamos estar formados teológica y humanamente para dar esa respuesta de nuestra fe a los hombres de la sociedad en que vivimos. El vino añejo significa también empaparse e impregnarse de la cultura, de la literatura, del arte, de la música, del cine. El sacerdote debe ser un hombre de fe y un hombre que sepa dialogar con las culturas.

8. Siguiendo la imagen del “barril de vino”, el candidato que entra en el Seminario es un como vino nuevo, fuerte, a veces un poco áspero, que no está aún madurado. Si este vino joven, nuevo, encuentra un buen vino añejo, que lo envuelva e impregne, se puede convertir en un buen vino, que dará después una chispa de alegría a quien lo beba.

El Seminario debe ser el barril, con vino añejo, que va transformando en su seno el nuevo vino, que viene de fuera. De este modo, ofrece a los candidatos al sacerdocio una mayor madurez y una buena teología, para saber dialogar con el mundo. La Facultad de Teología tiene, sobre todo, ese objetivo.

9. Damos hoy gracias a Dios por nuestro Seminario; y damos gracias a quienes lo han hecho posible. Damos gracias a Dios también por nuestro presbiterio: un presbiterio sano, que ha sufrido, como es normal, una purificación necesaria. Quiero invitaros a todos, superiores y alumnos, presbíteros y fieles, a ser corresponsables conmigo del Seminario y de la selección de los candidatos.

Damos gracias a los padres y hermanos de los seminaristas; y, asimismo, a los sacerdotes, que les acompañan en su camino vocacional.

Damos gracias a Dios por la colaboración de los fieles laicos, por vuestra oración, vuestra compañía, vuestra comprensión hacia los sacerdotes y seminaristas.

Felicitamos a los sacerdotes, que han pasado por el Seminario durante estos años, y han sido ordenados al servicio de la Diócesis de Alcalá, sobre todo a los que hoy celebran su décimo aniversario de ordenación.

Le pedimos a la Virgen María, la Madre de Cristo Sacerdote, que supo ambientar su hogar de Nazaret para que creciera el gran sacerdote Jesucristo, que nos ayude en la tarea de formar sacerdotes. Ella es la mejor modelo a imitar, que ambientó con su maternal solicitud el primer seminario del mundo, Nazaret, que fue un hogar, un cenáculo y también el ambiente donde Jesús saboreó el buen vino añejo de la vida. Amén.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SAN MARCOS

(Alcalá, 20 Octubre 2007)

Lecturas: *Ex* 17, 8-13; *Tm* 3, 14 - 4, 2; *Lc* 18, 1-8.

1. Estamos celebrando la Visita pastoral a la Parroquia de san Marcos, en Alcalá. Las lecturas de hoy nos hacen reflexionar sobre cómo debe ser una parroquia o una comunidad cristiana. Ambas abordan el tema de la oración.

En la lectura del libro del *Éxodo* Moisés ayuda a Josué, que está librando una batalla contra Amalec. Moisés, puesto sobre un monte alto, reza a Dios para que venza el pueblo de Israel. Cuando Moisés ora con los brazos abiertos, Josué va venciendo en el campo de batalla; pero cuando a Moisés se le caen los brazos, Josué pierde (cf. *Ex* 17, 11). Los ayudantes de Moisés, Aarón y Jur, le sostienen los brazos, en posición orante, para que gane Israel (cf. *Ex* 17, 12). Al final del día la victoria es de Israel contra Amalec (cf. *Ex* 17, 13).

En el Evangelio de san Lucas hemos visto la insistencia de una viuda que iba al juez pidiéndole justicia, pero le daba largas. Al cabo de mucho tiempo, el juez se hizo la siguiente reflexión: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continua-

mente a importunarme» (Lc 18, 4-5). Para que la mujer no le importunase más, el juez la atendió.

2. Como vemos, son dos ejemplos distintos de oración, que nos dan una gran lección. Una parroquia, o una comunidad cristiana, es sobre todo una comunidad orante, que reza, que alaba al Señor, que le da gracias por la vida, por la fe y por tantos dones recibidos de Dios.

No sólo la comunidad sino también cada miembro de la misma debe ser agradecido a Dios. Esta comunidad de san Marcos es una comunidad orante, que reza, que proclama los salmos, que canta a Dios, que le pide al Señor perdón por sus pecados; y que le pide por tantas necesidades propias y ajenas. El Señor quiere que esta parroquia sea una comunidad orante. Unas veces el Señor nos concederá lo que le pedimos, como hizo el juez con la viuda, pero otras veces no cumplirá nuestros deseos; pero eso no importa.

3. Cuando nosotros le damos gracias a Dios, no le enriquecemos; y cuando nos regala sus dones, no le empobrecemos. Él no necesita nuestra oración. Dios está por encima de todo. Él es mucho más que nosotros. Dios es infinitamente bueno; y, antes de que abrir nuestros labios, sabe demasiado bien lo que nos hace falta; incluso antes de que nos venga a la mente. Antes de que pensemos lo que queremos pedirle al Señor, ya sabe él lo que necesitamos.

Los padres tenéis esta experiencia con vuestros hijos: cuando son pequeños y no pueden hablar, les dais lo que necesitan sin pedíroslo. A veces os despistáis y vuestro hijo tiene que llorar, para reclamar vuestra atención. Pero la providencia de Dios está siempre pendiente de lo que necesitamos. Nuestra oración ha de ser, fundamentalmente, de acción de gracias a Dios, porque tenemos un Padre bueno que nos ama. En segundo lugar, nuestra oración debe ser de petición de perdón, porque no nos comportamos con Dios como deberíamos. Y en tercer lugar, hemos de pedirle lo que necesitamos, pero sobre todo lo que necesitamos para nuestra salvación; no los caprichitos.

Cuando vuestros hijos os piden un capricho y creéis que no lo debe tener, no se lo dais aunque llore. Cuando a Dios le pedimos ciertas cosas -no quiero entrar en detalles- que tal vez no nos convienen, no nos las da. Por mucho que se las pidamos, no nos las concederá, porque no son buenas para nosotros, o no nos convienen para nuestra salvación.

4. La oración del “Padrenuestro” es el modelo de toda oración. Empezamos pidiendo que venga a nosotros su Reino de amor y que se haga su voluntad; y terminamos diciendo que perdone nuestras ofensas y que nos conceda el pan cotidiano, sobre todo, el pan eucarístico, no solamente el pan material.

Una comunidad cristiana ha de tener como modelo la oración del “Padrenuestro”. La Virgen María, cuya imagen nos preside en estos días de Visita pastoral, bajo su advocación de Virgen del Val, ha sido la mujer orante por excelencia. Ella ha sabido rezar mejor que nadie, aceptando la voluntad de Dios: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra» (*Lc 1, 38*). Pudo haberle contestado al ángel que tenía sus propios planes y que no aceptaba los planes de Dios.

La oración ha brotado de sus labios durante toda su vida. Y ha sabido estar donde Dios le pedía: desde el Nacimiento de su Hijo en Belén (cf. *Lc 2, 3-6*), hasta la muerte de su Hijo en la cruz, en el Calvario (cf. *Jn 19, 25*). Muy duro debe ser para una madre ver morir a su hijo en la cruz; si ya es duro verlo morir por accidente o enfermedad, mucho más aún debe ser verlo morir como un malhechor, clavado en la cruz.

5. La comunidad parroquial debe ser también una comunidad celebrante; que celebra la fe, mediante los sacramentos. Una comunidad que bautiza, que celebra la Eucaristía, que recibe el perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia. La fe es una celebración y, como toda celebración, es algo muy gozoso y hermoso.

La comunidad parroquial de San Marcos, además de celebrar la Eucaristía, se alegra en este día de que tres de sus miembros reciban el sacramento de la confirmación: Antonieta, Lorena y Alejandro. Vosotros pondréis vuestras manos, para que Dios las llene; vuestro corazón, para que el Señor lo transforme; y vuestra mente, para que el Señor la cambie. Porque la conversión es cambio de mente (*metanoia*).

Deberíamos celebrar todos los días la Eucaristía, ya que tenemos la posibilidad de hacerlo. La Iglesia ha permitido, desde hace ya mucho tiempo, celebrar a diario. Os invito a participar, al menos, en la Eucaristía dominical y festiva. Animo a esta comunidad parroquial, con motivo de la Visita pastoral, a que celebre la fe de modo sacramental.

Hay otras muchas formas de orar. Entre ellas está el rezo del Rosario, que consiste en la contemplación de los misterios de la vida del Señor y de nuestra fe. Está también la oración de adoración ante el Santísimo. La oración con los salmos, que hacemos habitualmente los consagrados, podéis hacerla todos los fieles.

6. La parroquia debe ser también una comunidad confesante, es decir, que da testimonio de la fe. Si es una comunidad orante y celebrante, debe ser necesariamente una comunidad que proclama y anuncia la fe vivida. Es necesario ser testigos.

Estimados jóvenes, vais a recibir el sacramento de la confirmación, que os va a dar la fuerza del Espíritu, para ser testigos de Jesús. Vais a quedar transformados, porque la fuerza del Espíritu purifica y cambia. El sacramento es un regalo del Señor. El Señor os regalará el Espíritu de manera plena, que os va a capacitar para ser testigos de Jesús. Como dice san Pedro: «Siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15).

La Parroquia de san Marcos tiene grandes razones para ser una comunidad cristiana confesante, que testimonia la fe, porque su patrono Marcos fue un gran evangelizador; fue un gran testigo de Cristo, que nos dejó escrito su Evangelio. Cuántos miles de millones de personas han conocido a Jesucristo gracias al Evangelio de san Marcos, que recibió la Tradición de los Apóstoles, de Pedro y de Pablo y la escribió. Aunque Pablo no vivió históricamente con el Señor, fue el Apóstol de los gentiles, y Marcos lo acompañó en algunos de sus viajes apostólicos. Después, Marcos escribió su Evangelio.

No debería haber ningún cristiano, pero sobre todo no debe haber ningún feligrés de esta Parroquia de san Marcos, que no se haya leído el Evangelio de san Marcos. Por supuesto, hay que leer también los demás Evangelios; pero el de san Marcos tiene el sabor de la antigüedad y de la cercanía a la época apostólica.

7. Con motivo de esta Visita pastoral, deseo animaros a ser una comunidad orante, que reza, una comunidad que celebra sacramentalmente su fe, y una comunidad que da testimonio del Evangelio.

Durante estos días he caminado por las calles de la parroquia y me preguntaba: ¿Cuántas personas viven en este barrio, llamado de Venecia, que tal vez no conocen al Señor Jesús? ¿Quién les va a anunciar que Dios les ama? ¿Cómo sabrán

que Jesús ha muerto en la cruz por ellos? ¿Quién les anunciará que creyendo en Él serán salvos?

San Marcos, el Evangelista, escribió su Evangelio para anunciar estas cosas. Los feligreses de esta Parroquia deberán anunciar a sus paisanos este mismo Evangelio. Al menos distribuidles el Evangelio de san Marcos, para que lo lean. Una comunidad se fortalece cuando da testimonio de su fe. El amor que una madre tiene a su hijo se expresa y se fortalece dando su vida por él, perdiendo su vida por él.

Esta comunidad se puede fortalecer en su fe y en su amor dando testimonio. Eso es lo que el Señor nos está pidiendo hoy. Exhortamos a los confirmandos a ser testigos de Jesús en todos los campos de la vida: Entre los amigos, en los estudios de instituto o de universidad, en el trabajo, en la familia. Sed testigos del amor de Dios a los hombres.

8. Quiero animaros a todos a vivir la fe, a celebrarla realmente y a dar testimonio de ella con alegría. Es difícil anunciar el Evangelio, porque mucha gente no desea aceptarlo y la sociedad va por otros derroteros. Hace décadas la sociedad se consideraba más o menos cristiana, aunque no lo fuera; pero hoy no.

Actualmente hay mucha gente que no sólo se declara atea, sino que actúa contra la Iglesia. Los cristianos no lo tenemos fácil, pero tenemos la fuerza de Dios. Si llevamos dos mil años de existencia de cristianismo y no ha habido ni regímenes políticos, ni instituciones, ni guerras, ni nadie que hay logrado acabar con el cristianismo, es señal de que no es cosa de los hombres. Si fuera así ya se habría acabado. La fuerza no la tiene el cristiano, sino el Espíritu que nos la regala. Nuestra fuerza es el Señor; y nuestra salvación está en Él.

Vamos a proseguir esta celebración eucarística. Ahora haremos la oración por los confirmandos, a quienes impondré las manos y les ungiré en la frente, para que reciban el don y la fuerza del Espíritu de Jesús.

Pedimos a la Virgen del Val, cuya imagen recorre las parroquias de Alcalá con motivo de la Visita pastoral, que nos ayude a ser buenos cristianos, siendo testigos de Jesús resucitado y viviendo la fe con alegría, como Ella lo hizo. Amén.

CELEBRACIÓN DEL XXV ANIVERSARIO DE LA PARROQUIA SAN JOSÉ OBRERO

(Coslada, 21 Octubre 2007)

Lecturas: *Ex* 17, 8-13; *2 Tm* 3, 14 - 4, 2; *Lc* 18, 1-8.

1. Hoy es un gran día para esta parroquia de san José Obrero en Coslada. Queremos dar gracias a Dios por estos veinticinco años de presencia parroquial en esta zona de Coslada. Una parroquia cristiana, un templo católico es una presencia muy especial del Señor entre los hombres, a quienes ama y quiere salvar. Damos gracias a Dios por las maravillas que Él ha obrado desde los inicios de la parroquia hasta hoy. Gracias a Dios, porque movió el corazón de unas personas, para empezar una comunidad cristiana. Gracias a Dios, porque hizo posible la colaboración de muchas personas, para que fuera realidad este templo parroquial.

Recuerdo que, cuando comencé la Visita pastoral a la Diócesis de Alcalá, ésta fue la primera parroquia que visité, estando de párroco el P. Santiago Fernández, que hoy nos honra con su presencia. Entonces os dije que vuestra presencia y vuestra colaboración habían sido un don del Señor para esta zona.

2. Los avatares de la parroquia los conocéis vosotros mejor que un servidor. Al principio empezó el P. Gabriel, primer párroco, celebrando en un camión.

Después, con la ayuda de todos, pero sobre todo con la fuerza y la potencia del Señor, fue posible realizar este hermosísimo templo, que tiene ahora esta parroquia. Damos gracias a Dios y damos gracias también a todos los que, de una manera o de otra, habéis colaborado.

Agradecemos el P. Gabriel, presente entre hoy nosotros, su tenacidad y su labor generosa. Agradecemos a los párrocos siguientes, P. Santiago y P. Isaías, que está en su segunda etapa en esta comunidad, y a los sacerdotes de la Congregación de Misioneros de la Sagrada Familia, que han ejercido aquí su ministerio como colaboradores parroquiales en estos años, su dedicación a esta parroquia.

Agradecemos a todos los feligreses su presencia y colaboración. Todos, como comunidad cristiana, habéis trabajado de manera conjunta, sinérgicamente, poniendo mucha ilusión, muchas horas algunos de vosotros, mucha tarea y muchas energías.

Mirando al presbiterio encontraréis un símil de la última Cena: Hay seis sacerdotes a un lado del presbiterio y otros seis al otro lado, como los apóstoles en torno al Señor y el colegio presbiteral en torno al Obispo propio, como sucesor de los apóstoles y cabeza visible de la iglesia particular. Deseaba que apreciarais esta hermosa imagen.

3. Toda comunidad cristiana tiene como modelo a la Trinidad, Dios-Padre, Dios-Hijo Jesucristo y Dios-Espíritu Santo, que actúan conjuntamente. Cuando decimos que Dios es creador, la obra creativa la hace el Padre por medio de Jesucristo, su Palabra eterna, y en el Espíritu Santo. Cuando decimos que Jesucristo llevó a cabo la salvación de los hombres, lo hace en obediencia al Padre y en comunión con el Espíritu. Y si confesamos que el Espíritu es santificador, lo es en plenísima y perfecta comunión con el Padre y con el Hijo.

Esa sinergia y colaboración íntima de las Tres Personas divinas es el mejor modelo que puede tener una comunidad cristiana, donde el párroco, los sacerdotes y los fieles forman una única familia en plena comunión, a ejemplo de la Trinidad. Éste es el deseo que elevo al Señor, para que sigáis trabajando de ese modo: conjunta y sinérgicamente.

4. Las lecturas de hoy nos muestran cómo debe ser la comunidad cristiana parroquial de san José Obrero. En el libro del Éxodo hemos escuchado el relato de

la lucha del pueblo de Israel contra Amalec. Moisés, hombre orante, rezaba en la cima del monte por la victoria del pueblo de Israel. El monte es lugar de la cercanía de Dios. Jesús también sube al monte a orar y se transfigura en el monte Tabor (cf. *Mt* 17, 1-2), muere en el monte Calvario (cf. *Jn* 19, 17) y sube al cielo desde un lugar alto (cf. *Hch* 1, 9-11).

Moisés está en el monte, rezando, y en la llanura está Josué con sus tropas. Cuando Moisés tiene los brazos en alto y reza a Dios, la batalla se libra en favor de Israel; pero cuando se le caen los brazos de cansancio, la batalla va a favor de Amalec (cf. *Ex* 17, 11). Entonces Aarón y Jur lo sientan en una piedra y le sujetan los brazos, para que no interrumpa la oración. De este modo, al final del día vence Josué a Amalec (cf. *Ex* 17, 13).

5. Otro ejemplo de oración nos lo ha dado el Evangelio de san Lucas: Una viuda necesitada acude al juez, pero éste no le atiende. La tenacidad de la viuda, que le iba insistiendo cada día, hizo que el juez cambiara y se dijo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme» (*Lc* 18, 4-5). Para que la mujer no le importunase más, el juez la atendió. La constancia de la viuda hizo que el juez hiciera lo que ella le pedía.

Son dos ejemplos de oración distintos. Hay muchos tipos de oración. Quisiera que reflexionáramos sobre las características de una comunidad cristiana. En primer lugar, es una comunidad orante. Pero, ¿qué rezamos y qué le pedimos al Señor? ¿Hacemos quizá como la viuda del Evangelio, hasta cansar al Señor, para que nos atienda lo que le pedimos? ¿Qué solemos pedirle al Señor? Normalmente le pedimos por nuestras cosas y nuestros intereses. Cuando no nos los concede y no salen las cosas a nuestro gusto, nos enfadamos con Él y se lo reprochamos.

6. La oración que nos enseñó el Señor, que sintetiza todo tipo de oración, es el “Padrenuestro”. En ella empezamos alabando su nombre y pidiéndole que venga su Reino y que se haga tu voluntad. Después le pedimos perdón por nuestros pecados. Y terminamos pidiendo también el pan de cada día, para nuestras necesidades; pero sobre todo el Pan de la Eucaristía. Ésa es la oración modelo.

Antes de que nuestros labios empiecen a hablarle, incluso antes de que nuestra mente empiece a pensar lo que vamos a pedirle, Él ya lo sabe, porque Él

conoce nuestras necesidades y no haría falta que le pidiéramos nada; pero lo hacemos para bien de nuestras almas.

Los padres estáis acostumbrados a dar a vuestros hijos lo que necesitan, aunque no sepan hablar. A veces os podéis despistar y lloran, reclamando que les atendáis. Pero nuestro Padre del cielo está pendiente de nosotros y de nuestras necesidades.

Una comunidad orante sabe alabar a Dios, pedirle perdón al Señor y exponerle sus necesidades. Una comunidad orante reza con los salmos. La Liturgia de las Horas la hemos asumido los consagrados; pero deberían rezarla todas las comunidades cristianas alguna vez, al menos. También es loable la oración de adoración ante el Santísimo sacramento.

7. Una comunidad cristiana es además de orante, celebrante. Celebra su fe, sobre todo, mediante los sacramentos. En esta parroquia han sido bautizados muchos fieles en estos veinticinco años. Habéis celebrado muchas veces la Eucaristía, el gran sacramento del que fluye y emana toda la vida cristiana (cf. *Lumen gentium*, 11), pues es el centro de la misma. Por eso celebramos esta fiesta de acción de gracias en esta solemnísima eucaristía, centro de nuestra vida.

Muchos de vosotros habéis celebrado aquí vuestro matrimonio ante el Señor. Habéis celebrado muchas veces el perdón, en el sacramento de la penitencia. Los enfermos han recibido la fuerza en la unción de enfermos. Una comunidad cristiana debe celebrar su fe sacramentalmente. Hoy damos gracias a Dios, en esta celebración eucarística, y os animo a seguir celebrando la fe sacramentalmente.

8. Una comunidad cristiana es también una comunidad confesante, que testimonia su fe, que educa en la fe a sus hijos, que proclama el Evangelio como Buena nueva a los demás. Hoy es la jornada del “Domund” (*Domingo mundial de la propagación de la fe*). Pedimos, especialmente, por todas aquellas personas, misioneros y misioneras, que en todas las partes del mundo proclaman el Evangelio.

La Congregación de los sacerdotes de esta parroquia es fundamentalmente misionera y tiene en su carisma la dimensión evangelizadora y de predicación del Evangelio. Una comunidad cristiana que sólo profesara su fe dentro del templo no llevaría a cabo su misión; quedaría mutilada.

Aunque hoy podemos gracias a Dios por este hermoso templo, no podemos quedarnos dentro de él; hay que salir fuera y anunciar a Jesucristo: en la familia, en el trabajo, en el barrio, en la política. Los cristianos no pueden permanecer en los templos y en las sacristías, como algunos desean. La fuerza del Evangelio debe transformarlo todo: la familia, la sociedad, la cultura, el trabajo, la empresa, la política, la economía, porque el Evangelio tiene una grandísima fuerza de transformación, ya que es Palabra viva de Dios (cf. *Hb* 4, 12).

9. San Pablo, en su segunda carta a Timoteo, nos ha recordado que aceptemos y mantengamos lo que nos ha sido revelado: «Tú, en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste» (2 *Tm* 3, 14). Y le amonesta a predicar la Palabra de Dios: «Proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta con toda paciencia y doctrina» (2 *Tm* 4, 2). Primero hay que escuchar y leer la Palabra, para empaparse de ella y ser iluminados por ella. Después se puede exhortar y predicar a los demás, guste o no guste, sea aceptada o rechazada.

Pero la predicación de la Palabra tiene una fuerza en sí misma, que no es la del predicador. La Palabra de Dios es viva. La gran diferencia entre la Palabra de Dios y la nuestra es que las palabras humanas sólo tienen un sentido noético de significado; con ellas expresamos cosas, pero no transforman; no tienen la potencia de cambiar la realidad; ni siquiera las más hermosas palabras.

Cuando una persona le dice a otra “te amo”, la palabra en sí no cambia nada; lo que transforma es el amor hacia el otro. Muchas veces pueden decirse palabras preciosas, de labios a fuera, pero estar pensando totalmente lo contrario en el corazón.

Sin embargo, la Palabra de Dios tiene la virtualidad de curar, iluminar, salvar, convertir, cambiar, transformar. Tiene fuerza, porque es el mismo Jesucristo, Palabra eterna de Dios. Es Jesús el que salva, no nuestras palabras.

Una comunidad cristiana tiene que ser confesante, tiene que testimoniar y proclamar esa Palabra salvadora. Ella nos da la fuerza para transformar el mundo.

10. Hoy es el día del “Domund” y pedimos por todos los misioneros. Pedimos también por toda la gente que no conoce aún a Jesucristo, pero que si lo conociera se adheriría a Él.

Pedimos por esta parroquia de san José Obrero, para que sea misionera. Pedimos por los sacerdotes de la Congregación de Misioneros de la Sagrada Familia, para que sean realmente misioneros y extiendan la Palabra viva, que transforma el mundo.

Hoy tenemos muchos motivos para dar gracias al Señor. Le damos gracias por estos veinticinco años de la parroquia y le pedimos, humildemente, que nos ayude a ser una comunidad orante, una comunidad celebrante, que celebra su fe, y una comunidad confesante, que testimonia la fe y la Buena nueva en la sociedad actual.

San José Obrero es el titular de la parroquia. ¡Que san José y la Virgen María, que formaron la familia de Nazaret, única en el mundo y modelo para todos los hombres, sean también modelo de esta comunidad!

¡Que esta comunidad cristiana sea como un hogar, como una familia, a ejemplo de María y de José, viviendo la presencia de Cristo y testimoniando la presencia del Señor! Amén.

OTROS ACTOS

Día 6. Confirmaciones en la parroquia de San Cristóbal (Alalpardo). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

Día 20. Confirmaciones en la parroquia de Santa María Magdalena (Torrelaguna). A las 19,30h. Vicario General: Florentino Rueda.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CHINNAPPAN, JOHN BUCKTHESE, Capellán MM. Concepc. Franciscanas de S. Úrsula, Alcalá de Henares, 01/10/2007.

NGUEMA MBANG, ANTIMO, Coadjutor de San Juan Bautista, Arganda del Rey, 01/10/2007.

ALEJANDRE ARENAS, JULIO, Coadjutor de Santa Mónica, Rivas-Vaciamadrid, 01/10/2007.

SANTALICES MTNEZ., ALBERTO, Capellán del Hospital Príncipe de Asturias, Alcalá de Henares, 01/10/2007.

ABRIL CORREA, DAVID ORLANDO, Párroco de San Maximiliano M^a Kolbe, Rivas-Vaciamadrid, 07/10/2007.

ABRIL CORREA, DAVID ORLANDO, Capellán de la Residencia para Mayores, Arganda del Rey, 07/10/2007.

CASTRO CASTRO, ÁLVARO, Párroco de Ntr.Sra. de los Remedios, Estremera de Tajo, 07/10/2007.

CASTRO CASTRO, ÁLVARO, Administrador Parroq.de la Asunción de N. S. Brea de Tajo, 07/10/2007.

PÉREZ RODRÍGUEZ, PEDRO JESÚS, Párroco de San José, Patones, 07/10/2007.

PÉREZ RODRÍGUEZ, PEDRO JESÚS, Administrador Parroquial de San Pedro Apóstol, Torremocha de Jarama, 07/10/2007.

FATIGANTE SANTAMAURO, FAVIO ARMANDO, Coadjutor de San Juan Evangelista, Torrejón de Ardoz, 07/10/2007.

TRANCÓN PÉREZ, JESÚS, Capellán MM. Clarisas de San Juan de la Penitencia. Alcalá de Henares, 09/10/2007.

CESES

ABRIL CORREA, DAVID ORLANDO, PÁRROCO DE NTRA. SRA. DE LOS REMEDIOS, DE ESTREmera Y ADMINISTRADOR PARROQUIAL DE LA ASUNCIÓN DE NTRA. SRA., DE BREA DE TAJO, 07/10/2007.

CASTRO CASTRO, ÁLVARO, PÁRROCO DE SAN JOSÉ, DE PATONES Y ADMINISTRADOR PARROQUIAL DE SAN PEDRO APÓSTOL DE TORREMOCHA DE JARAMA, 07/10/2007.

DEFUNCIONES

- El día 22 de octubre de 2007 falleció el Hno. Pedro Jesús García González, miembro del Instituto de Vida Consagrada del Sagrado Corazón de Jesús (PP. Reparadores). Nacido el 29 de abril de 1948, había profesado de votos temporales el 29 de septiembre de 1967 y de perpetuos el 7 de junio de 1975. Realizaba en la Comunidad de Torrejón de Ardoz tareas administrativas.

- El día 29 de octubre de 2007 falleció en Valladolid D. Eugenio Rayo Mansilla, padre Dña. Antonia Rayo Cuevas, trabajadora en nuestra Diócesis.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día dieciséis de octubre de 2007, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal Diocesana correspondiente al presente mes, que fue presidida por el Sr. Obispo.

Comenzó el encuentro con el rezo de la “Hora Tertia” en la Capilla y un tiempo de oración personal.

El objetivo de esta Jornada era potenciar la animación misionera en nuestra Diócesis. Para ello intervino, en primer lugar, el Rvdo. D. Anastasio Gil, Subdirector de las OMP y Secretario de la Comisión Episcopal de Misiones. Y, a continuación, el Rvdo. D. Pablo Seco, sacerdote de nuestra Diócesis, que realiza su trabajo pastoral en el IEME. Cerró la exposición el Rvdo. D. José Antonio Santos, Delegado Episcopal de misiones de esta Diócesis.

Posteriormente, intervino el prestigioso jurista y miembro de la Asociación “Profesionales por la ética”, D. José Luis Bazán, quien habló de “Educación para la ciudadanía” y de la forma de hacer frente a este asunto de capital importancia en el momento actual.

Después de una serie de informaciones, tuvo lugar la comida, con la que se dio por concluida la Jornada.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO OCTUBRE 2007

Día 1. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, asiste a la Inauguración del Curso en la Facultad de “San Dámaso” (Madrid).

Días 2-4. Convivencia con los sacerdotes de la Curia diocesana (Vallfermoso-Guadalajara).

Día 5. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la noche, preside la Vigilia de Oración de los Jóvenes (San Felipe Neri-Alcalá).

Día 6. Dicta una Conferencia sobre “La Familia y la Iniciación cristiana” a los Delegados diocesanos de Pastoral familiar (El Escorial-Madrid).

Día 7. Reunión con la comunidad parroquial de N^aS^a del Rosario y celebración de la Eucaristía (Torrejón).

Día 8. Audiencias.

Día 9. Reunión con los arciprestes (Daganzo).

Día 10. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 11. Audiencias.

Día 12. Consagración del nuevo Templo de la parroquia de San Sebastián Mártir (Arganda del Rey).

Día 13. Preside la Eucaristía en la Parroquia de San Pedro Apóstol (Catedral-Alcalá), con motivo de la Dedicación del templo.

Días 14-15. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 16. Por la mañana, participa en la Jornada sacerdotal diocesana (Ekumene-Alcalá).

Por la tarde, dicta una Conferencia sobre “Sibiu: Una mirada a Europa”, en el Acto de Apertura del Curso del “Centro Ecuménico” de Misioneras de la Unidad (Madrid).

Día 17. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 18. Por la mañana, preside la celebración de la Eucaristía, con motivo del Décimo Aniversario de la creación del Seminario diocesano (Catedral-Alcalá).

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de San Marcos (Alcalá).

Día 19. Visita pastoral a la parroquia de San Marcos (Alcalá).

Día 20. Preside la Misa Estacional y administra el sacramento de la Confirmación con motivo de la Visita pastoral a la parroquia de San Marcos (Alcalá).

Día 21. Encuentro con los confirmandos de la Capellanía Polaca (Loeches).

Preside la Eucaristía con motivo de la Celebración del XXV Aniversario de la Parroquia San José Obrero (Coslada).

Días 22-23. Audiencias.

Días 24. Preside la Jornada de estudio sobre la III Asamblea Ecu­ménica Europea en Sibiu (Universidad de Salamanca).

Día 25. Reunión de la Comisión para el Sosténimiento de la Iglesia (Madrid).

Día 26. Audiencias.

Días 27-31. Participa en la Beatificación de los Mártires del siglo XX en España (Roma).

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

CEREMONIA DE ORDENACIÓN DE PRESBITEROS, EN LA CATEDRAL DE SANTA MARÍA MAGDALENA, EN GETAFE, EL 12 DE OCTUBRE DE 2007

Queridos sacerdotes, queridos seminaristas, queridos amigos y hermanos; y muy especialmente queridos diáconos, que hoy vais a recibir el Sagrado Orden del Presbiterado. Saludo con mucho afecto a vuestros padres y familiares: ellos han tenido una parte muy importante en vuestra vocación y estoy seguro de que están viviendo este momento con mucha alegría y emoción. Para todos: mi gratitud y mi cariño.

Hemos escuchado en el evangelio las palabras de Jesús en las que Él explica el sentido de su vida y de su ministerio con la imagen del pastor. Jesús lleva a su cumplimiento la profecía de Ezequiel: “Yo mismo, en persona, cuidaré de mi rebaño y velaré por él. Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas” (Ez 34,11). En Jesús no puede haber más cercanía de Dios. En Jesús, Dios aparece entre nosotros como el Pastor del que nos habla el Salmo 22. Estando junto a Jesús, podemos decir como el salmista: “El Señor es mi Pastor y nada me falta (...) Su bondad y su misericordia me acompañan todos los días de mi vida”.

Sin embargo, cuando leemos el evangelio de S. Juan llama la atención que no comience este importante discurso sobre el Buen Pastor diciendo Jesús. “Yo soy el Buen pastor”; sino que comienza utilizando otra imagen. Comienza diciendo: “Yo

soy la Puerta”. “Os aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas” (Jn 10,1). Para ser verdadero pastor y no salteador hay que entrar por la puerta, que es Cristo; hay que entrar en comunión personal con Cristo. Si pretendemos entrar por otras puertas: por la puerta de nuestros intereses personales, o por la puerta de nuestro afán de protagonismo o por la puerta de los dictados de este mundo, nos convertimos en ladrones y bandidos. Sólo hay una puerta para entrar en el cuidado del rebaño; y esa puerta es Jesús.

Queridos diáconos, que hoy vais a ser ordenados presbíteros, el Señor os llama para hacerse presente, por medio de vosotros, entre los hombres como el Pastor Bueno que cuida con amor de su pueblo. Y sólo le haréis presente si entráis por la puerta que es Jesús, viviendo íntimamente unidos a Él y teniendo sus mismos sentimientos. Toda la vida del Señor es manifestación constante de un amor que da la vida. Él siente compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas como ovejas sin pastor (cf. Mt 9, 35-36); Él busca las ovejas dispersas y las descarriadas (cf. Mt 18, 12-14) y hace fiesta al encontrarlas; Él las recoge y las defiende, conoce a cada una por su nombre (cf. Jn 3), las conduce hacia los pastos frescos y hacia las aguas tranquilas (cf. Sal 22) y para ellas prepara una mesa alimentándolas con su propia vida.

Los que somos invitados para ser con Jesús pastores de su pueblo hemos de tener una plena conciencia de que el rebaño que se nos confía no es nuestro, sino de Jesús y, por tanto la Palabra que hemos de predicar no es nuestra palabra, sino la Palabra de Jesús, y los gustos y preferencias que hemos de manifestar no han de ser nuestros gustos y preferencias sino únicamente los gustos y preferencias de Jesús. Sólo es buen pastor el que entra a través de Jesús y sabe que el pueblo que tiene que cuidar no es propiedad suya, sino que es propiedad del Señor.

Para cuidar todo esto hemos de tener una honda vida espiritual y hemos de tener siempre muy claro a la hora de organizar nuestra vida sacerdotal cuales han de ser nuestras principales prioridades y los aspectos más esenciales de la misión que se nos confía.

En un encuentro del Papa Benedicto XVI, este verano, con un grupo de sacerdotes, uno de ellos le preguntaba: “Santo Padre ¿hacia qué prioridades debemos hoy orientar nuestro ministerio los sacerdotes para evitar, en medio de nuestras múltiples actividades, la fragmentación y la dispersión? Y el Papa, haciendo refe-

rencia al discurso de Jesús a los setenta y dos discípulos que son enviados a la misión, se fija en tres importantes imperativos: orad, curad y anunciad. Esas han de ser nuestras prioridades.

En este día de vuestra ordenación sacerdotal grabad en lo profundo de vuestro corazón estos tres imperativos de Jesús que nos recuerda el Papa: orad, curad, anunciad. Así entraréis por la Puerta que es Cristo y seréis pastores según su corazón.

En primer lugar, “orad”. El primer deber y la primera misión pastoral del sacerdote es la oración. Sin vida de oración nada puede funcionar. El sacerdote vive en Dios y para Dios y toda su vida ha de transparentar a Dios: sus palabras, sus pensamientos, sus acciones, sus deseos. Todo en la vida del sacerdote tiene que hablar de Dios. Esto es lo que el mundo quiere de nosotros. El sacerdote tiene que llevar a Dios a la vida de los hombres, para que la vida de los hombres, abriéndose al Misterio divino, que es Misterio de amor, alcance toda su belleza y plenitud. Pero para que esto sea posible el sacerdote necesita un trato personal, íntimo y gozoso con el Señor. El sacerdote debe vivir una relación profunda y verdadera de amistad con Dios en Cristo Jesús, encontrando en la oración su alimento, su vida y su descanso.

En ese trato personal con el Señor la Eucaristía de cada día es el encuentro más fundamental. En la Eucaristía el Señor habla con nosotros y nosotros hablamos con el Señor. La Eucaristía es el momento más íntimo de unión con el Señor y de identificación con Él. Es el momento en el que uniendo nuestra vida al sacrificio redentor de Cristo nos ofrecemos al Padre para que, por el don de su Espíritu Santo, nos convierta en instrumentos suyos para llevar a todos los hombres su entrañable misericordia y la gracia de su redención. En la vida del sacerdote, no cabe mayor intimidad con Cristo que la que se realiza cuando, con el pan y el vino en sus manos, pronuncia las palabras de la consagración “Tomad y comed esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros (...) Tomad y bebed esta es mi sangre que será derramada por vosotros”. En ese momento el sacerdote, contemplando cómo el Señor se entrega en sus manos, puede decir con toda verdad las palabras del apóstol: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. La Eucaristía configura la vida del sacerdote de tal manera que la convierte en alimento para el mundo, haciendo de ella un don para la humanidad. Cuando el sacerdote vive de la Eucaristía, se entrega a sus hermanos hasta tal punto que ya no tiene tiempo para sí: todo su tiempo es para los demás y sus energías y su trabajo y sus penas y sus

alegrías, todo va orientado hacia aquellos que el Señor le ha confiado, para que conozcan y amen a Cristo y lleguen al conocimiento de la verdad.

En este vivir constantemente en la presencia del Señor ocupa un lugar muy importante la liturgia de las Horas. Con esta preciosa oración, que la Iglesia nos regala, entramos en la gran plegaria de todo el Pueblo de Dios, recitando los salmos del antiguo Israel con la luz de Cristo resucitado, recorriendo el año litúrgico y las grandes solemnidades cristianas y alimentando nuestra fe con la palabra divina y la doctrina de los Padres de la Iglesia.

Y esta viva presencia del Señor hará que el sacerdote busque momentos de soledad y silencio para estar con Él. La oración personal hará que la oscuridad de nuestra vida se ilumine con la claridad de su Palabra y nuestras penas y temores encuentren en la intimidad con Cristo el consuelo y la fortaleza; y hará también, cuando el Señor así lo permita y quiera purificarnos, que en los momentos de sequedad y tinieblas le busquemos con esperanza y le pidamos con humildad y perseverancia que nos muestre su Rostro y nos haga sentir sus delicias.

El segundo imperativo que Jesús plantea a sus discípulos es “curad”. “Curad a los enfermos y decidles: el Reino de Dios está cerca de vosotros” (Lc 10,9). El Señor nos invita a estar siempre muy cerca de los enfermos, de los abandonados y de todos los necesitados. Ellos han de ser el objeto de nuestra mayor preferencia. Hay mucha gente herida por el fracaso y la soledad. Hay muchas personas que, incluso en medio de la opulencia, están interiormente marginadas y han perdido la esperanza. En medio de nosotros hay mucha hambre de vida y de justicia; hay mucha hambre de verdad; hay mucha hambre de Dios.

Cuando Jesús habla de curar se refiere a todas las necesidades humanas, que van siempre desde las necesidades materiales más materiales hasta la mayor y más profunda de todas las necesidades que es la necesidad de Dios. Es un curar que muestra el amor de la Iglesia a todos los que viven abandonados. Pero para amar y curar hay que conocer. El buen pastor debe conocer las ovejas. “Él va llamando a sus ovejas por el nombre (...) y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz” (Jn 10, 3). Es un conocimiento que cura y da la vida. El buen pastor cura a sus ovejas dando la vida por ellas. El sacerdote no puede vivir en un mundo fabricado por su imaginación, separado de la realidad en la que se mueve la vida de los hombres. Es preciso conocer a las ovejas, tener relaciones y encuentros verdaderamente humanos con las personas que le han sido encomendadas. El sa-

cerdote ha de tener “humanidad”, ha de ser “humano”, como Cristo, el Hijo de Dios, que se hizo hombre y así elevó a la más alta dignidad todo lo que es auténticamente humano.

Y, por eso, porque en el hombre lo divino y lo humano van siempre juntos formando una unidad inseparable, también a este “curar”, en sus múltiples formas pertenece el ministerio sacramental propio del sacerdote. Especialmente el ministerio de la Reconciliación es un acto de curación extraordinario que el hombre necesita para estar totalmente curado. En el sacramento de la Reconciliación el hombre se encuentra con la misericordia divina que es capaz de dar vida a lo que está muerto y de transformar los males en bienes. El sacramento de la Reconciliación hace posible que donde abundó el pecado sobreabunde la gracia.

Realmente, no sólo en el sacramento de la Reconciliación, sino también en todos los sacramentos se realiza esta curación sacramental. Empezando por el Bautismo, que significa la renovación total de nuestra existencia; en todos los sacramentos, particularmente en la Unción de los enfermos, el Señor se acerca a nuestras vidas, por medio del ministerio del sacerdote para aliviar nuestro dolor y llenar nuestra vida de esperanza.

Los sacerdotes hemos de pensar y tener siempre muy presentes en nuestro corazón las muchas enfermedades de los hombres de nuestro tiempo y sus grandes necesidades morales y espirituales para denunciarlas y afrontarlas con fortaleza, orientando hacia Cristo la mirada de los hombres y conduciéndoles hacia Él. Sólo en Cristo, vivo en la Iglesia, encontrarán los hombres la curación de sus males y el fundamento de su inviolable dignidad.

Y, finalmente, el tercer imperativo de Jesús, que nos recuerda el Papa es “anunciad”. Nuestra misión es anunciar el Reino de Dios: “En la ciudad en que entréis, curad a los enfermos y decidles: El Reino de Dios está cerca de vosotros” (Lc 10,9). Nuestra misión es anunciar el Reino de Dios. Y el Reino de Dios es Dios mismo, vivo y presente en medio de nosotros por medio de Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho Hombre, que permanece entre nosotros en su Iglesia Santa. El Reino de Dios no es una utopía lejana, un mundo idílico que no sabemos si llegará algún día. El Reino de Dios es algo muy real. El Reino de Dios es Dios mismo, es Dios que se ha acercado a los hombres, es Dios que se ha hecho infinitamente cercano a nosotros en su Hijo Jesucristo. El sacerdote tiene que anunciar esa cercanía de Dios y no sólo anunciarla sino también hacerla viva entre los hombres

mediante su predicación, mediante la celebración de los sacramentos y mediante el testimonio de su propia vida: una vida llena de Dios y que hable de Dios. En el ministerio de los sacerdotes los hombres deben percibir la humanidad de Dios: deben percibir la cercanía de un Dios que por nosotros y por nuestra salvación se hizo hombre, encarnándose en las entrañas de la Virgen María y perpetuando esa Encarnación, por el ministerio de los sacerdotes, en las entrañas maternas de la Iglesia.

Anunciar el Reino de Dios quiere decir hablar de Dios hoy, traer a Dios a la realidad de nuestro mundo, hacer presente la Palabra de Dios, hacer presente el Evangelio, hacer presente al Dios que ha querido permanecer con nosotros en la Eucaristía. Y para que esto sea posible el Señor ha querido regalar a su Iglesia el ministerio sacerdotal. ¡Qué grande es el don que se nos concede! Y ¡qué grande es también nuestra responsabilidad! Sólo la misericordia de Dios hará posible que, a pesar de nuestra debilidad y pobreza, los sacerdotes podamos estar siempre a la altura del ministerio que se nos confía.

Por eso en la vida de los sacerdotes es fundamental la virtud de la humildad, que es la puerta de todas las virtudes. Una humildad que nos haga comprender los límites de nuestras fuerzas, que nos haga reconocer nuestra pobreza y nuestro pecado y que nos haga poner nuestra fuerza y nuestra confianza sólo en el Señor.

En esta fiesta de la Virgen del Pilar nos acogemos a su amor maternal y le pedimos que cuide de nosotros los sacerdotes, especialmente de los que hoy van a ser ordenados, que cuide de aquellos a quienes su Hijo ha elegido para hacer presente en el mundo el Misterio de su Redención. Que la Virgen María nos muestre a Jesús y haga posible que toda nuestra vida y nuestro ministerio sacerdotal sea cauce seguro e instrumento dócil, en sus manos, para que llegue a todos los hombres el amor y la misericordia de su Hijo Jesucristo. Que como decimos y pedimos en la oración propia de este día, el Señor nos conceda, por intercesión de María, en su advocación del Pilar: “fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor”. Amen.

Día del Domund

DICHOSOS LOS QUE CREEN

Queridos amigos y hermanos:

Las Obras Misionales Pontificias nos proponen como lema para este año: “Dichosos los que creen”. Con este lema se quiere significar que la principal labor evangelizadora de la Iglesia es suscitar la fe en aquellos que aún no han descubierto la inmensa alegría del encuentro con Cristo.

El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y especialmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre hacia el Misterio de Cristo, para que en Él encuentre, de forma definitiva, la luz que guíe su conciencia moral y la experiencia gozosa de un amor que no defrauda. Sólo en Cristo el hombre alcanzará su plenitud y su verdadera libertad. Y sólo en Cristo encontrarán respuesta todos los deseos y búsquedas que se han ido suscitando en su corazón a lo largo de la historia y en las más diversas culturas. Mostrar a Cristo y ofrecérselo a la humanidad es el mejor servicio que podemos prestar a la causa de la justicia para que los hombres descubran su dignidad y encuentren el fundamento de una paz duradera.

Hemos de caer en la cuenta, en este día del Domund, de la urgencia de la actividad misionera de la Iglesia y, unidos a todos los misioneros del mundo, hemos de sentirnos nosotros mismos misioneros y partícipes de esta actividad. Ser misio-

nero es esencialmente hacerse consciente de la radical novedad de vida que Cristo nos ha traído y reconocer que esta nueva vida, en la que el hombre se descubre en Cristo como hijo amado de Dios y llamado a una herencia eterna, pide ser acogida, desarrollada y ofrecida de forma que su belleza atraiga a todos los que buscan el bien y la verdad.

No podemos olvidar que la primera forma de evangelización es el testimonio. Los misioneros son verdaderos testigos de esa vida nueva en Cristo y su testimonio se expresa en las más diversas tareas de servicio a los hermanos, especialmente en los lugares donde existen necesidades de todo tipo provocadas por el injusto reparto de los bienes de este mundo. La generosidad de nuestros misioneros y la gratuidad de su entrega, que contrasta profundamente con el egoísmo presente en el hombre, hace surgir la pregunta sobre Dios y sobre el Evangelio y se convierte en la puerta por la que muchos pueden llegar al conocimiento de Cristo. Su trabajo por la paz, la justicia, los derechos del hombre, la promoción humana, ordenado al desarrollo integral del hombre, según el plan de Dios, se convierte en un signo del Reino que Cristo nos ha traído con su muerte en la cruz y su resurrección gloriosa.

Unamos al testimonio de los misioneros, nuestro propio testimonio, dándole gracias a Dios por los dones recibidos y siendo nosotros mismos misioneros con nuestra oración, nuestra ayuda económica y con una forma de vivir que transparente ante los hombres el amor de Dios revelado en Cristo.

Con mi bendición y afecto:

† Joaquín María
Obispo de Getafe

SR. OBISPO AUXILIAR

**Homilía del Obispo Auxiliar, D. Rafael Zornoza Boy
en la Ceremonia de Ordenación de Diáconos,
en la Basílica del Cerro de los Ángeles,
el 7 de octubre de 2007**

Queridos amigos, familiares de los ordenandos, fieles de las parroquias, religiosos y religiosas, hermanos míos sacerdotes, muy queridos seminaristas. Queridos vosotros, que vais a recibir el orden sagrado de los diáconos:

Hoy culmina para vosotros el itinerario de aquella primera llamada, que tanto habéis recordado, en la que Dios se sirvió de sus mediaciones, casi seguro que de un sacerdote. Nuestro agradecimiento a estos sacerdotes, que posiblemente os acompañan hoy y dan gracias a Dios con vosotros

Dimensión personal y eclesial de la llamada

La vocación sacerdotal es *mysterium fidei*, donde la dimensión personal de la vocación se funde con la eclesial. La invitación de Cristo: «Venid y lo veréis» (Jn 1,39) espera respuesta de la conciencia de cada persona, de ese «sagrario del hombre, en el que está solo con Dios, cuya voz resuena en lo más íntimo de ella» (GS, 16). Esta misma invitación interpela a cada fiel y en particular, a los sacerdotes, llamados a indicar a cada uno el camino para acoger la voluntad divina, por medio del ministerio sagrado recibido de Cristo y de su Espíritu. Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* (nº 38) dice: «En el servicio de la

vocación sacerdotal y el itinerario que sigue, es decir, desde su nacimiento y discernimiento, y en el respaldo de la vocación, la Iglesia puede encontrar un modelo en Andrés, uno de los primeros dos apóstoles que siguieron a Jesús. «Y lo llevó a Jesús» (Jn 1,42): en esta expresión, que resume la iniciativa de Andrés respecto de su hermano Simón Pedro, resuena la acción de la Iglesia que indica constantemente, como pueblo sacerdotal, profético y real, a todos los llamados el camino del encuentro con Cristo: lo hace por medio de la oración, la vida sacramental, el anuncio de la Palabra, la educación para la fe y el testimonio de la caridad.

Demos gracias a Dios porque nuestra Iglesia de Getafe sigue ilusionada queriendo mostrar a cada uno la llamada personal que le hace el Señor. Hemos comprendido que las llamadas crisis de las vocaciones sacerdotales no son crisis de la llamada de Dios, sino crisis de las respuestas humanas: son, esencialmente, crisis de fe. Vuestras comunidades cristianas donde se vive la alegría de Cristo, que llena la vida y la orienta para dar gloria a Dios, experimentan ya la satisfacción de tantas respuestas generosas para entregar lo mejor de la vida a Dios y a los hermanos en las distintas vocaciones, que son la riqueza de la Iglesia. También para el sacerdocio ministerial, indispensable para la sucesión apostólica y esencial en la vida cristiana. Gracias, queridos sacerdotes, por vuestro ministerio, reflejo de Cristo, Cabeza y Pastor.

El seminario ha continuado esta primera labor vuestra, intentando enseñar no sólo una ciencia humana sino la santidad de Cristo, que es lo único que puede forjar vocaciones sacerdotales, que son siempre vocaciones a la santidad de vida. En primer lugar, la sabiduría y el poder de Cristo, plenamente manifestados por la ciencia divina de su Cruz: la scientia Crucis. No hay vocación sacerdotal sin una teología del Madero de la vida, como los Padres de la Iglesia primitiva gustaban llamar a la Cruz, verdadera cátedra de Dios en el mundo. Y todo esto, porque el sacerdocio de la Nueva Alianza es una participación sacramental en la consagración y la misión del Verbo mismo de Dios encarnado (cf. Congregación del Clero, El presbítero maestro II, 1).

Permaneced en mi amor

Jesús nos acaba de hablar en el evangelio que hemos escuchado atentamente, y que parece su propio testamento: “Permaneced en mi amor” (cf. Jn 15, 9-17). En efecto: sus palabras deben permanecer siempre vivas en vuestro corazón y conciencia, porque son una promesa, pero que contiene implícita una exigencia. Su

amor infinito, por el que dio su vida en la cruz, nos invita a permanecer, a guardar el amor del Padre como Él mismo hizo. Nos ha elegido para vivir en la profundidad insondable del amor de Dios que ha compartido con nosotros. Y os invita a quedaros para siempre con ese “todo” que es Dios, fuera de lo cual no hay más que la nada. ¿Es tanto dejar todo para quedarnos con “todo”? ¿O habría que decir que dejamos “nada”, para tenerlo todo, como el que vende lo que tiene porque ha encontrado “todo”, el tesoro en aquel campo de la parábola de Jesús, y lo adquiere por poco más que nada?

Cristo nos invita a acoger de nuevo su amor. Nos lo dice a todos, porque ésta es la dinámica del discípulo. No hay alternativa para este amor que ha dado la vida por mí, porque nadie más nos saca de la esclavitud para hacernos amigos íntimos que comparten la vida misma de Dios. Y acoger la “vida” es renacer, ser regenerados por Dios. Pero vosotros que vais a recibir el diaconado, además, habéis sido elegidos para continuar en el mundo la misión de amor del mismo Cristo, Siervo y Buen Pastor, para hacer más visible en el mundo la mediación del Hijo de Dios, su servicio de amor, su diaconía. En la Iglesia se entra por el camino del servicio, del amor, y el diácono está llamado a ser el rostro de Cristo misericordioso y pobre, porque el diaconado es un título de dignidad, pero no de gloria humana, sino de servicio, que nos asemeja a Cristo. A vosotros os da la gracia de uniros a Él desde hoy en una relación de amor esponsal, por entero y para siempre, en una nueva y especial consagración virginal que se expresa en la libre elección del celibato. La Iglesia espera que, siendo “una sola carne” con Cristo para siempre, presidáis la oración, distribuyáis la Eucaristía, exhortéis al pueblo fiel y desempeñéis los oficios de la caridad con la misma compasión de Cristo, “actuando según la verdad del Señor que se hizo servidor de todos” (S. Policarpo).

Testigos de la verdad, el amor que transforma

Habéis querido dejaros transformar por el amor de Cristo, que es la opción de fondo que se presenta a todo cristiano. Vosotros queréis voluntariamente dejarlo todo para vivir en obsequio de Jesucristo, imitando el ejemplo de los pastores santos. Así lo vivió y enseñó nuestro querido D. Francisco, ejemplo y maestro de sacerdotes, nuestro primer Obispo que Dios llamó ya a su lado.

Esto se hace acogiendo el señorío de Cristo en vuestras vidas, haciéndose disponible a ser transformados por su amor. Este desafío, que vale para todo cris-

tiano, se hace patente en vosotros que aspiráis a un camino de perfección en el amor, y os comprometéis a vivir los consejos evangélicos que hoy asumís para siempre. Porque en el hecho de ser cristiano no hay una gran idea, sino, sobre todo, el encuentro con una Persona, Cristo, que da a la vida un nuevo horizonte y perspectiva (cf. *Deus caritas est*, 1). Él os ha seducido y a Él entregáis vuestra vida, respondiéndole con la intimidad de la oración, la fraternidad, un servicio sin reserva a la Iglesia y un testimonio verdaderamente profético.

Sois testigos de Cristo, que es el Camino para el hombre de hoy, porque es la Vida y la Verdad. La entrega que hacéis hoy se opone decididamente a la resignación que considera al hombre incapaz de la verdad, como si ésta fuera demasiado grande para él. Esta resignación ante la verdad es el origen de la crisis de occidente, de Europa, como acaba de recordar el Papa en Austria (cf. Santuario de Mariazell). “Si para el hombre no existe una verdad, en el fondo, no puede ni siquiera distinguir entre el bien y el mal. Entonces, los grandes y maravillosos conocimientos de la ciencia se hacen ambiguos: pueden abrir perspectivas importantes para el bien, para la salvación del hombre, pero también - y lo vemos- pueden convertirse en una terrible amenaza, en la destrucción del hombre y del mundo”. Tenemos necesidad de la verdad, aunque algunos teman que la fe en la verdad comporte intolerancia. Necesitamos, por consiguiente contemplar a Jesús. Al hacerlo se puede descubrir que “la verdad no se afirma mediante un poder externo sino que es humilde y sólo es aceptada por el hombre a través de su fuerza interior: por el hecho de ser verdadera”. Vuestra proclamación de fe cristiana significa “únicamente que hemos sido conquistados por quien interiormente nos ha tocado y nos ha colmado de dones para que a la vez podamos entregarlos a los demás”. “Necesitamos esta fuerza interior de la verdad. Como cristianos, nos fiamos de esta fuerza de la verdad, somos testigos de ella”, y acreditamos con ella que sólo Jesús es el puente que pone en contacto inmediato a Dios con el hombre.

Es necesario recuperar la confianza en quien es el único Mediador de la salvación válido para todos, que afecta a todos y del cual, en definitiva, todos tienen necesidad. Nuestra confianza en el Señor nos devuelve la alegría y la confianza. Debemos mostrar a todos que podemos confiar, que abrimos a la verdad es aceptar el Amor de Dios como la clave de la existencia, y que nuestro corazón descansa en la palma de su mano providente siempre. Redescubrir a Dios enciende de nuevo las fuerzas del corazón humano y de la razón iluminada por el corazón. Allí donde está Dios, allí hay futuro.

Cristo presente en los pobres

Comenzáis a ser ministros de la Eucaristía. En ella está la fuente del Amor, es *Sacramentum Caritatis*. Vuestro ministerio, que surge para plasmar el servicio a los pobres, se sitúa en el vértice del amor eucarístico que impulsa el culto espiritual y la caridad social. San Pablo nos hace ver (cf. Ef 4, 1-7.11-13) que el amor es creativo y genera siempre más amor, que en Cristo comienza una cadena que llega, a través de todos sus fieles, al mundo entero. La unidad en el Espíritu, su paz, su dulzura y comprensión, su fidelidad, hace que la santidad de Dios salga de los templos para llenar las casas y las calles del mundo. Es necesario hacer visible también, en el servicio diaconal a los necesitados, que Cristo está presente en los pobres y que amamos a cada cual por sí mismo, y por nada más. No podemos despreciar a quienes están postrados, porque representan a la Persona del Salvador, pues el Señor, en su bondad, les prestó su misma Persona para que, a través de ella, tengamos compasión.

El amor, es la escalera que lleva a Dios. Sed, pues, generosos con los hermanos que son víctimas de la desventura; prestad vuestro tiempo y esfuerzos y así, además de amarles, haréis un servicio más de caridad con todos mostrando, dentro y fuera de la comunidad cristiana, que todos dependemos de Dios, pero también que podemos ser instrumentos de la divina misericordia y colaboradores de Dios.

Sociedad con rostro cristiano

No basta ayudar, sin embargo, a los pobres de manera puntual: necesitamos un nuevo modelo de sociedad con “rostro cristiano”, cimentada en la solidaridad. Todavía hoy el modelo de la Iglesia primitiva sirve de modelo para la sociedad. Aquella “utopía” social (como una “ciudad ideal”) donde “nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos” (Hech 4, 32-37), buscó dar un alma y un rostro cristiano a la ciudad. La vieja idea de la “polis” griega de la antigüedad quedó pronto sustituida por una nueva idea de ciudad inspirada en la fe cristiana cuando esta visión cristiana de la sociedad, que se basa en el “primado” de la persona en cuanto tal, incluso del esclavo y del pobre, corrigió una visión egoísta de la vida y las relaciones humanas. Hoy es necesario y urgente mostrar el modelo de ciudadanía cristiana, un modelo basado en el Nuevo Testamento. En la ciudad cristiana, la “Ciudad de Dios”, todos son hermanos y con los mismos derechos. Ser ciudadanos del cielo nos hace a todos iguales, hermanos y hermanas en esta

tierra, y nos obliga a la solidaridad. Sólo así la persona está por encima de la sociedad, y nadie puede quedar totalmente subordinado a la ciudad ni a sus poderes. Esta es la mayor garantía del respeto a la vida y el amor a los más desvalidos y necesitados. Por eso nuestra fe es la garantía de la propia humanidad, pues nos libra de la falsificación del hombre sin trascendencia reducido a materia. Porque una sociedad sin convicciones es, o será, una sociedad de esclavos, a merced de quien domine.

Encontraremos, sin duda, también hoy las resistencias que siempre han existido y que acosaron al profeta Jeremías (1, 4-9). Él vivió la dureza de un elegido que se enfrenta a la resistencia de los hombres contra Dios. Pero Dios le dice: “No tengas miedo”; “pondré mis palabras en tu boca”, con mi fuerza serás fuerte y no podrán vencerte, porque has sido escogido y consagrado para hablar en nombre de Dios. Preocupaos sólo de anunciar a Cristo, y dar la vida por Él, como el diácono San Lorenzo que acompañaba al Papa San Sixto cuando se dirigía a la ejecución. Junto a él lloraba y le preguntaba: «¿A dónde vas sin tu diácono, padre mío?»

Mostradnos con vuestra diaconía que adorar al Dios vivo y verdadero, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, hace de esta sociedad una familia de hermanos; que adorar en Espíritu y Verdad nos abre a la santidad de Dios. Esos santos, a los que invocaremos enseguida, transformaron el mundo, en cada lugar y momento de la historia, por el amor de Dios. El mundo rejuvenece con Cristo, que no quita nada, sino que conduce todo a la perfección, a la experiencia más profunda del amor. Sed siempre testigos del amor, vivid la vida como “pasión” de amor, como Cristo, con una amor maduro y radical. Si sois siervos del amor de Cristo, poseeréis esa inmensa alegría que Cristo concede siempre a sus apóstoles, a quienes le siguen hasta dar la vida.

La presencia maternal de la Virgen

La presencia maternal de la Virgen del Rosario nos invita hoy a asimilar con Ella el misterio de Cristo, a hacer vida en nosotros sus misterios. Éste es el camino de la perseverancia. Que la celestial Madre de Dios os guíe a vosotros por el camino de una adhesión al Evangelio cada vez más perfecta. Vivamos, todos con María, la diaconía de una Iglesia que es maestra y testigo de un “sí” generoso a la vida en todas sus dimensiones; de una Iglesia que actualiza su tradición de dos mil años al servicio del amor, que es futuro de paz y garantía de auténtico progreso social y

de libertad para toda la familia humana. Este cristianismo es el único capaz de preservar la conciencia moderna de todo fundamentalismo que es, sobre todo hoy, fruto del nihilismo. Que María nos enseñe a anunciar el gran sí de Dios a la Humanidad en Jesucristo y a ofrecer su caridad. Y, a vosotros, la Virgen os enseñará a ser evangelizadores de palabra y, por contagio, portadores de la Buena Nueva encarnada, en el estilo de vida, en toda la vida, en todo vuestro ministerio, servicio de caridad que impulsa a todos a amar. AMEN.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

PARRÓCO

D. José María Carrascosa Salmoral, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Valdemoro, el 1 de octubre de 2007.

D. José Poveda Sánchez, de la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción en Valdelaguna, el 1 de octubre de 2007.

-Fe de Erratas: en el boletín anterior apareció por error, D. Enrique Conde Vara como Párroco de Santo Domingo de Guzmán, en Brunete, cuando dicha Parroquia está situada en Humanes.

VICARIO PARROQUIAL

D. Jesús Cerrato Merino, de la Parroquia Nuestra Señora de la Asunción, en Valdemoro, el 1 de octubre de 2007.

D. Luis Ángel Albares Cobo, de la Parroquia Virgen del Carmen, de Móstoles, el 1 de octubre de 2007.

D. David Benavente Sánchez, de la Parroquia San Francisco y Santa Clara de Asís, en Fuenlabrada, el 13 de octubre de 2007

D. Carlos Dorado Aguado, de la Parroquia Santa Teresa de Jesús, en Getafe, el 13 de octubre de 2007

D. Luis Gonzaga García Ruíz, de la Parroquia Santo Domingo de la Calzada en Alcorcón, el 13 de octubre de 2007

D. Orlando Mateos Buendía, de la Parroquia Santo Domingo de Silos, en Pinto, el 13 de octubre de 2007.

D. José Francisco Pradas Páez, de la Parroquia El Salvador, en Leganés, el 13 de octubre de 2007.

D. Juan Manuel Rodríguez de la Rosa de la Parroquia Divino Pastor, en Móstoles, el 13 de octubre de 2007.

D. Antonio Romero Iglesias, de la Parroquia San Pablo, en Getafe, el 13 de octubre de 2007.

D. Iván Sánchez Villalón, de la Parroquia Nuestra Señora de las Angustias, en Aranjuez, el 13 de octubre de 2007.

D. Paul Schneider Esteban de la Parroquia San Sebastián, en Getafe, el 13 de octubre de 2007.

D. Jesús Manuel Úbeda Moreno, de la Parroquia Asunción de Nuestra Señora, en Arroyomolinos, el 13 de octubre de 2007.

OTROS

D. Francisco Javier Expósito Soriano, Capellán del Santuario Nacional del Sagrado Corazón de Jesús, en Getafe, el 1 de octubre de 2007.

Notario del Tribunal Diocesano de Getafe, el 1 de octubre de 2007.

D. Jaime Pérez –Boccherini Stampa, Consiliario del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica, el 1 de octubre de 2007.

D. Francisco López Cáceres, Capellán de la Residencia Valdeluz, en Alcorcón, el 1 de octubre de 2007.

D. Francisco Javier Mairata Anduiza, Capellán de la Fundación Jesús y San Martín, en Getafe, el 1 de octubre de 2007.

D. Miguel González González, Capellán del Centro Penitenciario Madrid IV, en Navacarnero, el 1 de octubre de 2007.

D. Ignacio Jesús Torres Gozalo, Delegado de Pastoral Vocacional, de la Diócesis de Getafe, el 1 de octubre de 2007.

SAGRADAS ÓRDENES

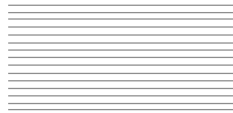
El 12 de octubre de 2007, en la Catedral de Santa María Magdalena, en Getafe, D. Joaquín María López de Andújar, Obispo diocesano, presidió la ceremonia de Ordenación de Presbíteros de:

D. David Benavente Sánchez,
D. Carlos Dorado Aguado,
D. Luis Gonzaga García Ruiz
D. Orlando Mateos Buendía,
D. José Francisco Pradas Páez,
D. Juan Manuel Rodríguez de la Rosa,
D. Antonio Romero Iglesias,
D. Iván Sánchez Villalón,
D. Paul Schneider Esteban,
D. Jesús Manuel Úbeda Moreno

El 7 de octubre de 2007, en la Basílica del Cerro de los Ángeles, D. Rafael Zornoza Boy, Obispo Auxiliar de la Diócesis de Getafe, presidió la ceremonia de Ordenación de Diáconos de:

D. Isaac Parra,
D. Santiago García,
D. Ángel Villaplana,

D. José Luis Cárdenas,
D. Guillermo Fernández,
D. Antonio Yáñez,
D. José María Rodríguez,
D. Israel Esteve,
D. José Luis Rueda.



Conferencia Episcopal Española

Saludo a los peregrinos en la Basílica de San Pablo

MONS. RICARDO BLÁZQUEZ
OBISPO DE BILBAO,
PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
ESPAÑOLA

Roma (San Pablo extramuros), 27 de octubre de 2007

La Iglesia de Roma conserva los sepulcros de los apóstoles Pedro y Pablo como “trofeos” de su fidelidad a Jesucristo y como acreditación de la autoridad apostólica de la Sede de Roma. Estamos reunidos donde Pablo, en la vía ostiense, fue decapitado, culminando el testimonio de fe y amor a Jesucristo, que lo llamó a su seguimiento y al apostolado en el camino de Damasco. Saludo a los peregrinos venidos de lejos y de cerca para participar en la gozosa celebración de la beatificación de 498 mártires de nuestras diócesis: Señores obispos, religiosos y religiosas de las congregaciones a las que pertenecieron y enaltecieron los mártires, hermanos y hermanas de todos los rincones de la Iglesia en España. Saludo con respeto y afecto al señor embajador de España ante la Santa Sede. Agradezco, en nombre de la Conferencia Episcopal Española, la hospitalidad que en esta basílica emblemática de Roma nos ofrece el arcipreste de la misma Card. Andrea Cordero Lanza de Montezemolo.

Queridos peregrinos, hemos custodiado como un tesoro la memoria de nuestros mártires, que nos han precedido con la antorcha de la fe y de la santidad. Son un don precioso de Dios que recibimos con gratitud; estamos dispuestos con la fuerza del Señor a proclamar la fe y a vivir con fidelidad, alentados por su testimonio sublime, en las situaciones concretas de nuestra historia. El martirio de estos hermanos nos une con el Señor y nos dignifica a todos.

Los mártires situados ante la alternativa, no buscada ni provocada por ellos, de renegar de la fe cristiana y así salvar la vida, o de mantenerse adheridos al Señor y así perderla, prefirieron en un gesto admirable entregar la vida temporal y recibir la Vida eterna, recordando las palabras del Maestro: “Quien pierde su vida por mí y por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35). “Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13). Los mártires recibieron de Jesús la gracia de su amistad, y ellos le devolvieron viviendo y muriendo por El la misma amistad. ¡Qué elocuente se hace el Evangelio en la proximidad de los mártires!

En el proceso de los mártires se ha concentrado la fidelidad a Dios a través de unos gestos expresivos de la totalidad. Como muchos mártires de la Iglesia en los primeros siglos murieron aclamando a Jesús como el Señor (Iesus Kýrios), así también los mártires que van a ser beatificados mañana murieron aclamando con los labios y el corazón: ¡Viva Cristo Rey! A algunos el rosario los identificó como cristianos y en la hora suprema supieron que era una señal decisiva. Unos murieron porque participaban en la Eucaristía; y otros por el hecho de ser sacerdotes, frailes o monjas. Los que tuvieron la oportunidad se unieron en el martirio a aquéllos con los que habían compartido su fe, la profesión religiosa y los trabajos apostólicos.

Los mártires han rubricado con su sangre un mensaje que queremos recibir hondamente en estos extraordinarios días. Su muerte martirial glorifica el poder de Dios que hace de la fragilidad de los hombres su propio testimonio. Todo lo pudieron en Aquel que les dio fuerza (cf. Fil 4,13; 2 Cor 12,9-10; Col 1,29). ¡Que importante es la fe en Dios que orientó la vida y decidió la muerte de sus fieles! En nuestro tiempo estamos llamados a mostrar que para la vida personal, familiar y social no es indiferente creer en Dios que no creer en El. Todo cambia con la luz y la fuerza que emite la fe en nuestro Señor Jesucristo. Los mártires nos preguntan hoy sobre la valentía de nuestra fe. Los hermanos mártires nos estimulan a ser fieles, a confiar en Dios que nunca defrauda y no abandona ni siquiera en la persecución.

Con la autoridad que les confiere su muerte por el Señor nos recuerda una exhortación evangélica: Si ellos murieron perdonando, debemos nosotros recorrer los caminos del perdón, de la reconciliación y de la paz. Su actitud ante la muerte es una fuerte invitación a la convivencia respetuosa en la pluralidad.

Queridos peregrinos, deseo a todos unos días de gracia del Señor; que la proximidad al sucesor de Pedro, el papa Benedicto XVI, nos fortalezca en la unidad de la fe y del amor.

AL COMIENZO DE LA SANTA MISA
DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN
DE 498 MÁRTIRES

Cardenal Arzobispo de Toledo,
Antonio Cañizares Llovera

Roma, 29 de octubre de 2007

Eminencia Reverendísima,

Ayer participamos con emoción en la solemne beatificación de cuatrocientos noventa y ocho hombres y mujeres —obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas, laicos— mártires de la persecución religiosa que, en los años treinta del pasado siglo, afligió a la Iglesia en nuestra patria. La beatificación de ayer, sin duda la más numerosa acaecida hasta el presente, abarca a todo el territorio español, y, por eso, es toda la Iglesia en España la que se alegra con este reconocimiento y hoy, junto a la tumba de San Pedro, y en comunión plena e inquebrantable con su Sucesor, el Papa Benedicto XVI, representado por su Eminencia, viene a agradecer a Dios tan inmenso don con que hemos sido enriquecidos por su gracia y su infinita misericordia.

Al tiempo que queremos expresar nuestro público y común agradecimiento al Santo Padre por este regalo de los nuevos beatos, mártires, que honran a la

Iglesia en España, y a la Iglesia Universal, iniciamos, con devoción y agradecimiento, la celebración eucarística en la que unimos la memoria agradecida de estos cuatrocientos noventa y ocho mártires al Memorial del Sacrificio Redentor de Cristo, supremo martirio y testimonio máximo de la verdad de Dios, cumbre y plenitud de la entrega del amor sin límite de Dios a los hombres, sangre del Hijo de Dios derramada para el perdón de los pecados y la reconciliación de todos en una unidad inquebrantable. No en balde “el martirio se consideraba en la Iglesia antigua como una verdadera celebración eucarística, la realización extrema de la simultaneidad con Cristo, el ser uno con Él” (J. Ratzinger, *El espíritu de la Liturgia: una introducción*, p. 80).

¿Cómo no dar gracias, pues, por estos mártires, y por tantos y tantos otros, en muchedumbre incontable, que dieron su vida por Jesucristo como testimonio supremo de la verdad del Evangelio y de la fe? ¿Cómo vibraban los primeros cristianos ante la sangre y la memoria de los mártires! ¿En que estima tan alta ha tenido siempre la Iglesia el martirio y con que belleza ha sido cantado a lo largo de los siglos por los mejores poetas cristianos! Hoy no puede ni debería ser menos. Y por eso, esta mañana, en esta basílica de San Pedro que representa a la Iglesia Universal y es símbolo de la comunión con Pedro, nos reunimos con júbilo, llenos de esperanza, gozosos, para celebrar, en estos mártires, a esa pléyade inmensa de fieles, contemplada en el Apocalipsis, que “vienen de la gran tribulación y han lavado sus túnicas con la sangre del Cordero (Cf. Ap 7,14).

No queremos ni podemos olvidar el testimonio de los mártires de la persecución religiosa en España del siglo XX. Ellos manifiestan la vitalidad de nuestras iglesias locales y forman como un gran cuadro del Evangelio de las bienaventuranzas. Estos mártires dieron su vida en testimonio del Dios único, de Dios vivo que es Amor. Su sangre derramada por amor a Dios es el signo y el mayor grito a favor del amor entre los hombres, queridos por Dios hasta el extremo. Ellos constituyen una llamada apremiante a la unidad, a la paz, al reconocimiento y respeto de cada ser humano, al diálogo, a la mano tendida, al perdón y a la reconciliación entre todos. Porque así Dios lo quiere; y ellos entregaron su vida en obediencia y en cumplimiento de la voluntad de Dios, que es misericordioso y nos llama a la misericordia y el perdón.

Eminencia, junto al agradecimiento de todos nosotros, de España entera por presidir esta celebración de acción de gracias, le rogamos transmita al Santo Padre el testimonio de afecto filial y comunión plena de la comunión en España.



Homilía Ceremonia de Beatificación
de 498 mártires del siglo XX en España

Card. José Saraiva Martins

(Roma, 28 de octubre de 2007)

Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelentísimos Señores Obispos y hermanos en el sacerdocio,
Respetables autoridades,
Hermanas y hermanos en Cristo:

1. Por encargo y delegación del Papa Benedicto XVI, he tenido la dicha de hacer público el documento mediante el cual el Santo Padre proclama beatos a cuatrocientos noventa y ocho mártires que derramaron su sangre por la fe durante la persecución religiosa en España, en los años mil novecientos treinta y cuatro, treinta y seis y treinta y siete. Entre ellos hay obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, mujeres y hombres; tres de ellos tenían dieciséis años y el mayor setenta y ocho.

Este grupo tan numeroso de beatos manifestaron hasta el martirio su amor a Jesucristo, su fidelidad a la Iglesia Católica y su intercesión ante Dios por todo el mundo. Antes de morir perdonaron a quienes les perseguían –es más, rezaron por

ellos—, como consta en los procesos de beatificación instruidos en las archidiócesis de Barcelona, Burgos, Madrid, Mérida-Badajoz, Oviedo, Sevilla y Toledo; y en la diócesis de Albacete, Ciudad Real, Cuenca, Gerona, Jaén, Málaga y Santander.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe” (a 2473). En efecto, seguir a Jesús, significa seguirlo también en el dolor y aceptar las persecuciones por amor del Evangelio (cf. Mt 24,9-14; Mc.13,9-13; Lc 21,12-19): “*Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre*” (Mc 13,13; cf. Jn 15,21). Cristo nos había anticipado que nuestras vidas estarían vinculadas a su destino.

2. El logotipo de esta beatificación, de una importancia notable por el gran número de nuevos beatos, tiene como elemento central una cruz de color rojo, símbolo del amor llevado hasta derramar la sangre por Cristo. Acompaña a la cruz una palma estilizada, que intencionalmente se asemeja a unas lenguas de fuego, en la que vemos representada la victoria alcanzada por los mártires con su fe que vence al mundo (cfr. 1 Jn 1, 4), así como también el fuego del Espíritu Santo que se posa sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, y asimismo la zarza que arde y no se consume con una llama, en la que Dios se presenta a Moisés en el relato del Éxodo y es expresión de su mismo ser: el Amor que se da y nunca se extingue.

Estos símbolos están enmarcados por una leyenda circular, que recuerda un mapa del mundo: “Beatificación mártires de España”. Dice «mártires de España» y no «mártires españoles», porque España es el lugar donde fueron martirizados, y es también la Patria de gran parte de ellos, pero hay también quienes provenían de otras naciones, concretamente de Francia, México y Cuba. En cualquier caso, los mártires no son patrimonio exclusivo de una diócesis o nación, sino que, por su especial participación en la Cruz de Cristo, Redentor del universo, pertenecen al mundo entero, a la Iglesia universal.

Se ha elegido como lema para esta beatificación unas palabras del Señor recogidas en el Evangelio de San Mateo: «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,14). Como declara el Concilio Vaticano II al comienzo de su Constitución sobre la Iglesia, Jesucristo es la luz de las gentes¹; esa luz se refleja a lo largo de los siglos en el rostro de la Iglesia y hoy, de manera especial, resplandece en los mártires cuya memoria estamos celebrando. Jesucristo es la luz del mundo (Jn 1, 5-9), que alum-

¹ CONC. VAT. II, Const. *Lumen Gentium*, n. 1.

bra nuestras inteligencias para que, conociendo la verdad, vivamos de acuerdo con nuestra dignidad de personas humanas y de hijos de Dios y seamos también nosotros luz del mundo que alumbra a todos los hombres con el testimonio de una vida vivida en plena coherencia con la fe que profesamos.

3. «He combatido bien mi batalla, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe» (2 Tim 4, 7). Así escribe San Pablo, ya al final de su vida, en el texto de la segunda lectura de este domingo. Con su muerte, estos mártires hicieron realidad las mismas convicciones de San Pablo.

Los mártires no consiguieron la gloria sólo para sí mismos. Su sangre, que empapó la tierra, fue riego que produjo fecundidad y abundancia de frutos. Así lo expresaba, invitándonos a conservar la memoria de los mártires, el Santo Padre Juan Pablo II en uno de sus discursos: «Si se perdiera la memoria de los cristianos que han entregado su vida por confesar la fe, el tiempo presente, con sus proyectos y sus ideales, perdería una de sus características más valiosas, ya que los grandes valores humanos y religiosos dejarían de estar corroborados por un testimonio concreto inscrito en la historia»².

No podemos contentarnos con celebrar la memoria de los mártires, admirar su ejemplo y seguir adelante en nuestra vida con paso cansino. ¿Qué mensaje transmiten los mártires a cada uno de nosotros aquí presentes?

Vivimos en una época en la cual la verdadera identidad de los cristianos está constantemente amenazada y esto significa que ellos o son mártires, es decir, adhieren a su fe bautismal en modo coherente, o tienen que adaptarse.

Ya que la vida cristiana es una confesión personal cotidiana de la fe en el Hijo de Dios hecho hombre esta coherencia puede llegar en algunos casos hasta la efusión de la sangre.

Pero como la vida de un solo cristiano donada en defensa de la fe tiene el efecto de fortalecer toda la Iglesia, el hecho de proponer el ejemplo de los mártires significa recordar que la santidad no consiste solamente en la reafirmación de valores comunes para todos sino en la adhesión personal a Cristo Salvador del cosmos

² JUAN PABLO II, *Mensaje a la VIII Sesión Pública de las Academias Pontificias*, 2003, n. 6.

y de la historia. El martirio es un paradigma de esta verdad desde el acontecimiento de Pentecostés.

La confesión personal de la fe nos lleva a descubrir el fuerte vínculo entre la conciencia y el martirio.

*“El sentido profundo del testimonio de los mártires –según escribía el Cardenal Ratzinger– está en que ellos testimonian la capacidad de la verdad sobre el hombre como límite de todo poder y garantía de su semejanza con Dios. Es en este sentido que los mártires son los grandes testimonios de la conciencia, de la capacidad otorgada al hombre de percibir, más allá del poder, también el deber y por lo tanto abrir el camino hacia el verdadero progreso, hacia la verdadera elevación humana” (J. Ratzinger, *Elogio della coscienza*, Roma, Il Sabato 16 marzo 1991, p. 89).*

4. Los mártires se comportaron como buenos cristianos y, llegado el momento, no dudaron en ofrendar su vida de una vez, con el grito de «¡Viva Cristo Rey!» en los labios. A los hombres y a las mujeres de hoy nos dicen en voz muy alta que todos estamos llamados a la santidad, todos, sin excepción, como ha declarado solemnemente el Concilio Vaticano II al dedicar un capítulo de su documento más importante –la Constitución *Lumen gentium*, sobre la Iglesia– a la «llamada universal a la santidad». ¡Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos! No podemos contentarnos con un cristianismo vivido tibiamente.

La vida cristiana no se reduce a unos actos de piedad individuales y aislados, sino que ha de abarcar cada instante de nuestros días sobre la tierra. Jesucristo ha de estar presente en el cumplimiento fiel de los deberes de nuestra vida ordinaria, entretejida de destalles aparentemente pequeños y sin importancia, pero que adquieren relieve y grandeza sobrenatural cuando están realizados con amor de Dios. Los mártires alcanzaron la cima de su heroísmo en la batalla en la que dieron su vida por Jesucristo. El heroísmo al que Dios nos llama se esconde en las mil escaramuzas de nuestra vida de cada día. Hemos de estar persuadidos de que nuestra santidad –esa santidad, no lo dudemos, a la que Dios nos llama– consiste en alcanzar lo que Juan Pablo II ha llamado el «nivel alto de la vida cristiana ordinaria»³.

³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo Millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 31.

El mensaje de los mártires es un mensaje de fe y de amor. Debemos examinarnos con valentía, y hacer propósitos concretos, para descubrir si esa fe y ese amor se manifiestan heroicamente en nuestra vida.

Heroísmo también de la fe y del amor en nuestra actuación como personas insertas en la historia, como levadura que provoca el fermento justo. La fe, nos dice Benedicto XVI, contribuye a purificar la razón, para que llegue a percibir la verdad⁴. Por eso, ser cristianos coherentes nos impone no inhibirnos ante el deber de contribuir al bien común y moldear la sociedad siempre según justicia, defendiendo –en un diálogo informado por la caridad– nuestras convicciones sobre la dignidad de la persona, sobre la vida desde la concepción hasta la muerte natural, sobre la familia fundada en la unión matrimonial una e indisoluble entre un hombre y una mujer, sobre el derecho y deber primario de los padres en lo que se refiere a la educación de los hijos y sobre tantas otras cuestiones que surgen en la experiencia diaria de la sociedad en que vivimos.

Concluimos, unidos al Papa Benedicto XVI y a la Iglesia universal, que vive en los cinco Continentes, invocando la intercesión de los mártires beatificados hoy y acudiendo confiadamente a Nuestra Señora Reina de los mártires para que inflamados por un vivo deseo de santidad sigamos su ejemplo.

Roma, 28 de octubre de 2007

José Card. SARAIVA MARTINS
Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos

⁴ BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, nn.28-29.

HOMILÍA EUCARISTÍA ACCIÓN DE GRACIAS

Card. Tarcisio Bertone
Secretario del Estado Vaticano

Roma, 29 de octubre de 2007-10-29

Queridos Hermanos en el Episcopado,
Amados sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos:

La Beatificación de cuatrocientos noventa y ocho mártires de España, que celebramos ayer, ha sido una ocasión para constatar una vez más cómo la cadena de cristianos que han sido atraídos por el ejemplo de Jesús y sostenidos por su amor no se ha interrumpido desde los comienzos de la predicación apostólica.

Ahora estamos reunidos para elevar una ferviente acción de gracias al Señor por este acontecimiento eclesial. Queremos acogernos a la intercesión de estos hermanos nuestros, cuya vida se ha convertido para nosotros, y para el pueblo de Dios que peregrina en España y en otros países, en un potente foco de luz y en una apremiante invitación a vivir el Evangelio radicalmente y con sencillez, dando testimonio público y valiente de la fe que profesamos.

Todo martirio tiene lugar ciertamente en circunstancias históricas trágicas que, asumiendo a veces la forma de persecución, llevan a una muerte violenta por

causa de la fe. Pero, en medio de ese drama, el mártir sabe trascender el momento histórico concreto y contemplar a sus semejantes desde el corazón de Dios. Gracias a esa luz que le viene de lo alto, y en virtud de la sangre del Cordero (cf. Ap 12,11), el mártir antepone la confesión de la fe a su propia vida, contrarrestando así la agresión con la plegaria y con la entrega heroica de sí mismo. Amando a sus enemigos y rogando por los que lo persiguen (cf. Mt 5,44), el mártir hace visible el misterio de la fe recibida y se convierte en un gran signo de esperanza, anunciando con su testimonio la redención para todos. Al unir su sangre a la de Cristo sacrificado en la cruz, la inmolación del mártir se transforma en ofrenda ante el trono de Dios, implorando clemencia y misericordia para sus perseguidores. Como nos enseña el Papa Juan Pablo II, *“ellos han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución... hasta el testimonio supremo de la sangre... Ellos muestran la vitalidad de la Iglesia... Más radicalmente aún, demuestran que el martirio es la encarnación suprema del Evangelio de la esperanza”* (Ecclesia in Europa, 13).

De esta forma, el martirio es para la Iglesia un signo elocuente de cómo su vitalidad no depende de meros proyectos o cálculos humanos, sino que brota más bien de la total adhesión a Cristo y a su mensaje salvador. Bien sabían esto los mártires, cuando buscaron su fuerza no en el afán de protagonismo, sino en el amor absoluto a Jesucristo, a costa incluso de la propia vida.

Para comprender mejor el verdadero sentido cristiano del martirio debemos, pues, dejar que hablen los propios mártires. Ellos, con su ejemplo, nos han confiado un testamento que a veces no nos atrevemos a abrir. En cambio, si les prestamos atención, sus vidas nos hablarán sin duda de fe, de fortaleza, de generosa valentía y de ardiente caridad, frente a una cultura que trata de apartar o menospreciar los valores morales y humanos que nos enseña el propio Evangelio.

De todos es conocido que el siglo XX dio a la Iglesia en España grandes frutos de vida cristiana: la fundación de congregaciones e institutos religiosos dedicados a la enseñanza, a la asistencia hospitalaria y a los más pobres y a diversas obras culturales y sociales. Destacan también grandes ejemplos de santidad, así como un elevado número de mártires Obispos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles laicos.

Estos mártires no han sido propuestos al pueblo de Dios por su implicación política, ni por luchar contra nadie, sino por ofrecer sus vidas como testimonio de

amor a Cristo y con la plena conciencia de sentirse miembros de la Iglesia. Por eso, en el momento de la muerte, todos coincidían en dirigirse a quienes les mataban con palabras de perdón y de misericordia. Así, entre tantos ejemplos parecidos, resulta conmovedor escuchar las palabras que uno de los religiosos Franciscanos de la Comunidad de Consuegra dirigía a sus hermanos: *«Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los cielos. Y perdonad a los que os van a dar muerte»*.

Por eso, estos nuevos Beatos han enriquecido a la Iglesia de España con su sacrificio, siendo hoy para nosotros testimonio de fe, de esperanza firme contra todo temor y de un amor hasta el extremo (cf. *Jn* 13,1). Su muerte constituye para todos un importante acicate que nos estimula a superar divisiones, a revitalizar nuestro compromiso eclesial y social, buscando siempre el bien común, la concordia y la paz.

Estos queridos hermanos y hermanas nuestros, entre los cuales se encontraban también dos franceses, dos mexicanos y un cubano, precisamente por su amor a la vida entregaron la suya a Cristo. Vivieron una vida ejemplar, dedicados plenamente a sus diferentes apostolados, convencidos de la opción religiosa que habían hecho o del cumplimiento de sus deberes familiares. Estos testigos humildes y decididos del Evangelio son luminarias que orientan nuestra peregrinación terrena. Al venerar hoy a todos ellos que, como nos enseña el libro del Apocalipsis, “*vienen de la gran tribulación*” (*ibíd.*, 7,14), suplicamos al Señor que nos conceda su fe intrépida, su firme esperanza y su profunda caridad.

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en Roma, donde en los comienzos de la Iglesia un sinfín de mártires confesaron su fe en Cristo hasta derramar su sangre. Tanto aquellos cristianos de la primera hora, como los que ayer han sido beatificados, no sólo han de suscitar en nosotros un mero sentimiento de admiración. Ellos no son simples héroes o personajes de una época lejana. Su palabra y sus gestos nos hablan a nosotros y nos impulsan a configurarnos cada vez más plenamente con Cristo, encontrando en Él la fuente de la que brota la auténtica comunión eclesial, para dar en la sociedad actual un testimonio coherente de nuestro amor y entrega a Dios y a nuestros hermanos.

Ellos nos ayudan con su ejemplo y su intercesión para que, en la hora presente, no nos dejemos vencer por el desaliento o la confusión, evitando la inercia o el lamento estéril. Porque éste es también, como lo fue el suyo, un tiempo de gracia,

una ocasión propicia para compartir con los demás el gozo de ser discípulos de Cristo.

Con su vida y el testimonio de su muerte nos enseñan que la auténtica felicidad se halla en escuchar al Señor y en poner en práctica su Palabra (cf. *Lc* 11,28). Por eso el servicio más precioso que podemos prestar hoy a nuestros hermanos es ayudarles a encontrarse con Cristo, que es “*el Camino, la Verdad y la Vida*” (cf. *Jn* 14,6), el único que puede saciar las más nobles aspiraciones humanas.

Dios quiera que esta Beatificación suscite en España una fuerte llamada a reavivar la fe cristiana e intensificar la comunión eclesial, pidiendo al Señor que la sangre de estos mártires sea semilla fecunda de numerosas y santas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, así como una constante invitación a las familias, fundadas en el sacramento del Matrimonio, a que sean para sus hijos ejemplo y escuela del verdadero amor y “santuario” del gran don de la vida.

Finalmente, pidamos también al Señor que el ejemplo de santidad de los nuevos mártires alcance para la Iglesia en España y en las otras Naciones de las cuales algunos de ellos eran originarios, muchos frutos de auténtica vida cristiana: un amor que venza la tibieza, una ilusión que estimule la esperanza, un respeto que dé acogida a la verdad y una generosidad que abra el corazón a las necesidades de los más pobres del mundo.

Que la Virgen María, Reina de los Mártires, nos obtenga de su divino Hijo esta gracia que ahora, con total confianza, ponemos en sus manos de Madre. Amén.

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2007

Todas las Iglesias para todo el mundo

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la próxima Jornada mundial de las misiones quisiera invitar a todo el pueblo de Dios -pastores, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos- a una reflexión común sobre la urgencia y la importancia que tiene, también en nuestro tiempo, la acción misionera de la Iglesia. En efecto, no dejan de resonar, como exhortación universal y llamada apremiante, las palabras con las que Jesucristo, crucificado y resucitado, antes de subir al cielo, encomendó a los Apóstoles el mandato misionero: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20).

En la ardua labor de evangelización nos sostiene y acompaña la certeza de que él, el Dueño de la mies, está con nosotros y guía sin cesar a su pueblo. Cristo es la fuente inagotable de la misión de la Iglesia. Este año, además, un nuevo motivo nos impulsa a un renovado compromiso misionero: se celebra el 50º aniversario de la encíclica *Fidei donum* del siervo de Dios Pío XII, con la

que se promovió y estimuló la cooperación entre las Iglesias para la misión ad gentes.

El tema elegido para la próxima Jornada mundial de las misiones -«Todas las Iglesias para todo el mundo»- invita a las Iglesias locales de los diversos continentes a tomar conciencia de la urgente necesidad de impulsar nuevamente la acción misionera ante los múltiples y graves desafíos de nuestro tiempo. Ciertamente, han cambiado las condiciones en que vive la humanidad, y durante estos decenios, especialmente desde el concilio Vaticano II, se ha realizado un gran esfuerzo con vistas a la difusión del Evangelio.

Con todo, queda aún mucho por hacer para responder al llamamiento misionero que el Señor no deja de dirigir a todos los bautizados. Sigue llamando, en primer lugar, a las Iglesias de antigua tradición, que en el pasado proporcionaron a las misiones, además de medios materiales, también un número consistente de sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, llevando a cabo una eficaz cooperación entre comunidades cristianas. De esa cooperación han brotado abundantes frutos apostólicos tanto para las Iglesias jóvenes en tierras de misión como para las realidades eclesiales de donde procedían los misioneros.

Ante el avance de la cultura secularizada, que a veces parece penetrar cada vez más en las sociedades occidentales, considerando además la crisis de la familia, la disminución de las vocaciones y el progresivo envejecimiento del clero, esas Iglesias corren el peligro de encerrarse en sí mismas, de mirar con poca esperanza al futuro y de disminuir su esfuerzo misionero. Pero este es precisamente el momento de abrirse con confianza a la Providencia de Dios, que nunca abandona a su pueblo y que, con la fuerza del Espíritu Santo, lo guía hacia el cumplimiento de su plan eterno de salvación.

El buen Pastor invita también a las Iglesias de reciente evangelización a dedicarse generosamente a la misión ad gentes. A pesar de encontrar no pocas dificultades y obstáculos en su desarrollo, esas comunidades aumentan sin cesar. Algunas, afortunadamente, cuentan con abundantes sacerdotes y personas consagradas, no pocos de los cuales, aun siendo numerosas las necesidades de sus diócesis, son enviados a desempeñar su ministerio pastoral y su servicio apostólico a otras partes, incluso a tierras de antigua evangelización.

De este modo, se asiste a un providencial «intercambio de dones», que redundará en beneficio de todo el Cuerpo místico de Cristo. Deseo vivamente que la

cooperación misionera se intensifique, aprovechando las potencialidades y los carismas de cada uno. Asimismo, deseo que la Jornada mundial de las misiones contribuya a que todas las comunidades cristianas y todos los bautizados tomen cada vez mayor conciencia de que la llamada de Cristo a propagar su reino hasta los últimos confines de la tierra es universal.

«La Iglesia es misionera por su propia naturaleza -escribe Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris missio*-, ya que el mandato de Cristo no es algo contingente y externo, sino que alcanza al corazón mismo de la Iglesia. Por esto, toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes. Las mismas Iglesias más jóvenes (...) deben participar cuanto antes y de hecho en la misión universal de la Iglesia, enviando también ellas misioneros a predicar por todas las partes del mundo el Evangelio, aunque sufran escasez de clero» (n. 62).

A cincuenta años del histórico llamamiento de mi predecesor Pío XII con la encíclica *Fidei donum* para una cooperación entre las Iglesias al servicio de la misión, quisiera reafirmar que el anuncio del Evangelio sigue teniendo suma actualidad y urgencia. En la citada encíclica *Redemptoris missio*, el Papa Juan Pablo II, por su parte, reconocía que «la misión de la Iglesia es más vasta que la «comunidad entre las Iglesias»; esta (...) debe tener sobre todo una orientación con miras a la específica índole misionera» (n. 64).

Por consiguiente, como se ha reafirmado muchas veces, el compromiso misionero sigue siendo el primer servicio que la Iglesia debe prestar a la humanidad de hoy, para orientar y evangelizar los cambios culturales, sociales y éticos; para ofrecer la salvación de Cristo al hombre de nuestro tiempo, en muchas partes del mundo humillado y oprimido a causa de pobreza endémica, de violencia, de negación sistemática de derechos humanos.

La Iglesia no puede eximirse de esta misión universal; para ella constituye una obligación. Dado que Cristo encomendó el mandato misionero en primer lugar a Pedro y a los Apóstoles, ese mandato hoy compete ante todo al Sucesor de Pedro, que la divina Providencia ha elegido como fundamento visible de la unidad de la Iglesia, y a los obispos, directamente responsables de la evangelización, sea como miembros del Colegio episcopal, sea como pastores de las Iglesias particulares (cf. *ib.*, 63).

Por tanto, me dirijo a los pastores de todas las Iglesias, puestos por el Señor como guías de su único rebaño, para que compartan el celo por el anuncio y

la difusión del Evangelio. Fue precisamente esta preocupación la que impulsó, hace cincuenta años, al siervo de Dios Pío XII a procurar que la cooperación misionera respondiera mejor a las exigencias de los tiempos. Especialmente ante las perspectivas de la evangelización, pidió a las comunidades de antigua evangelización que enviaran sacerdotes para ayudar a las Iglesias de reciente fundación. Así dio vida a un nuevo «sujeto misionero», que precisamente de las primeras palabras de la encíclica tomó el nombre de «fidei donum».

A este respecto, escribió: «Considerando, por un lado, las innumerables legiones de hijos nuestros que, sobre todo en los países de antigua tradición cristiana, participan del bien de la fe, y, por otro, la masa aún más numerosa de los que todavía esperan el mensaje de la salvación, sentimos el ardiente deseo de exhortaros, venerables hermanos, a que con vuestro celo sostengáis la causa santa de la expansión de la Iglesia en el mundo». Y añadió: «Quiera Dios que, como consecuencia de nuestro llamamiento, el espíritu misionero penetre más a fondo en el corazón de todos los sacerdotes y que, a través de su ministerio, inflame a todos los fieles» (Fidei donum, 1: El Magisterio pontificio contemporáneo, II, BAC, Madrid 1992, p. 57).

Demos gracias al Señor por los abundantes frutos que se han obtenido en África y en otras regiones de la tierra mediante esta cooperación misionera. Incontables sacerdotes, abandonando sus comunidades de origen, han puesto sus energías apostólicas al servicio de comunidades a veces recién fundadas, en zonas pobres y en vías de desarrollo. Entre ellos ha habido no pocos mártires que, además del testimonio de la palabra y la entrega apostólica, han ofrecido el sacrificio de su vida.

No podemos olvidar tampoco a los numerosos religiosos, religiosas y laicos voluntarios que, juntamente con los presbíteros, se han prodigado por difundir el Evangelio hasta los últimos confines del mundo. La Jornada mundial de las misiones es ocasión propicia para recordar en la oración a estos hermanos y hermanas nuestros en la fe, y a los que siguen prodigándose en el vasto campo misionero. Pidamos a Dios que su ejemplo suscite por doquier nuevas vocaciones y una renovada conciencia misionera en el pueblo cristiano.

Efectivamente, toda comunidad cristiana nace misionera, y el amor de los creyentes a su Señor se mide precisamente según su compromiso evangelizador. Podríamos decir que, para los fieles, no se trata simplemente de colaborar en la

actividad de evangelización, sino de sentirse ellos mismos protagonistas y corresponsables de la misión de la Iglesia. Esta corresponsabilidad conlleva que crezca la comunión entre las comunidades y se incremente la ayuda mutua, tanto en lo que atañe al personal (sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos voluntarios), como en la utilización de los medios hoy necesarios para evangelizar.

Queridos hermanos y hermanas, verdaderamente el mandato misionero encomendado por Cristo a los Apóstoles nos compromete a todos. Por tanto, la Jornada mundial de las misiones debe ser ocasión propicia para tomar cada vez mayor conciencia de ese mandato y para elaborar juntos itinerarios espirituales y formativos adecuados que favorezcan la cooperación entre las Iglesias y la preparación de nuevos misioneros para la difusión del Evangelio en nuestro tiempo.

Con todo, no conviene olvidar que la primera y principal aportación que debemos dar a la acción misionera de la Iglesia es la oración. «La mies es mucha -dice el Señor- y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Lc 10, 2). «Orad, pues venerables hermanos y amados hijos -escribió hace cincuenta años el Papa Pío XII de venerada memoria-: orad más y más, y sin cesar. No dejéis de llevar vuestro pensamiento y vuestra preocupación hacia las inmensas necesidades espirituales de tantos pueblos todavía tan alejados de la verdadera fe, o bien tan privados de socorros para perseverar en ella» (Fidei donum, 13: El Magisterio pontificio contemporáneo, II, BAC, Madrid 1992, p. 64). Y exhortaba a multiplicar las misas celebradas por las misiones, pues «son las intenciones mismas de nuestro Señor, que ama a su Iglesia y que la quisiera ver extendida y floreciente por todos los lugares de la tierra» (ib., p. 63).

Queridos hermanos y hermanas, también yo renuevo esta invitación tan actual. Es preciso que todas las comunidades eleven su oración al «Padre nuestro que está en el cielo», para que venga su reino a la tierra. Hago un llamamiento en particular a los niños y a los jóvenes, siempre dispuestos a generosos impulsos misioneros. Me dirijo a los enfermos y a los que sufren, recordando el valor de su misteriosa e indispensable colaboración en la obra de la salvación.

Pido a las personas consagradas, y especialmente a los monasterios de clausura, que intensifiquen su oración por las misiones. Gracias al compromiso de todos los creyentes debe ampliarse en toda la Iglesia la red espiritual de oración en apoyo de la evangelización.

Que la Virgen María, que acompañó con solicitud materna el camino de la Iglesia naciente, guíe nuestros pasos también en esta época y nos obtenga un nuevo Pentecostés de amor. En particular, que nos ayude a todos a tomar conciencia de que somos misioneros, es decir, enviados por el Señor a ser sus testigos en todos los momentos de nuestra existencia.

A los sacerdotes «fidei donum», a los religiosos, a las religiosas, a los laicos voluntarios comprometidos en las fronteras de la evangelización, así como a quienes de diversos modos se dedican al anuncio del Evangelio, les aseguro un recuerdo diario en mi oración, a la vez que imparto con afecto a todos la bendición apostólica.

Vaticano, 27 de mayo de 2007, solemnidad de Pentecostés

BENEDICTUS PP. XVI